



Joaquina García Balmaseda de González

Entre el cielo y la tierra: poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Joaquina García Balmaseda de González

Entre el cielo y la tierra: poesías

Al lector

Prólogo de Don Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia Española.

Muchas veces se ha repetido en estos últimos años, dentro y fuera de España, que la época presente no es época de poesía. Nada, sin embargo, más distante de la verdad. La indiferencia con que gran parte del público suele hoy acoger los versos que salen a luz reunidos en colección, no es suficiente motivo para estimar exacta semejante especie. Esa indiferencia, lamentable siempre como signo de poco apego a los puros y tranquilos goces del alma, es entre nosotros resultado inmediato del afán con que se ha procurado impulsar la juventud al camino de la ambición y de las luchas políticas; pero no quiere decir que este momentáneo eclipse indique la nulidad o acabamiento de la inspiración poética. Las voces que de cuando en cuando resuenan entre el confuso clamoreo de las pasiones que engendra el desmesurado afán de intervenir en la vida pública (menos por bien de la patria, que por codicia de medros), harto claramente revelan que aún no se ha extinguido el fuego sagrado, y que arde, con celeste llama, como en fanal transparente, en el fondo de los pechos generosos. No, la poesía no ha muerto; la poesía no puede morir, mientras haya fe y amor y caridad en el corazón del hombre. La poesía vive, y vivirá con el virginal atractivo de inmaculadas bellezas, mientras el ser privilegiado de la creación no reniegue de sus propias condiciones, subordinando los movimientos del ánimo a las sugerencias del instinto. En vano se jactará el moderno materialismo de haber dado el golpe de gracia a la poesía. Cuando más la juzgue muerta, la verá surgir nuevamente de las catacumbas del espíritu, cual los primitivos cristianos, regenerada, fortalecida, pronta a dilatar su imperio por los confines de la tierra. De estas delicadas voces que se dejan oír entre el rumor de las luchas sociales, como eco misterioso de un lenguaje más universal y más puro que el de la multitud esclava de sórdidos intereses, forma parte la joven poetisa, cuyos versos reunidos en colección siguen a los presentes, renglones.

No pidáis a su corazón tierno y sencillo, enriquecido con el tesoro de la moral cristiana, los arrebatos líricos del sensualismo de Safo. No le pidáis tampoco el arrojo de los modernos cantores de la desesperación y de la duda, ni menos el furor y terribles contradicciones que han precipitado a la musa de Víctor Hugo de su luminoso trono, para arrastrarla por el lodazal de pasiones infernales. Pedidle cánticos de gratitud al Redentor de los hombres y a su Madre Santísima, consuelo y refugio de los que lloran; pedidle amorosas expansiones de un espíritu regenerado por la fe y vigorizado por la esperanza, sueño de un alma despierta; pedidle, en fin, la candorosa expresión de las vagas e indefinibles emociones que produce la contemplación de la naturaleza, cuando se apodera

de nuestro ser cierta apacible melancolía, y de todo ello encontrareis aquí muestras dignas de estimación.

Con el pudor propio de la mujer para expresar sus afectos, aún teniendo el corazón herido profundamente, descúbrense con timidez en algunas inspiraciones de nuestra poetisa huellas de crueles amarguras, de íntimos dolores, que la natural discreción de un noble pecho pretende ocultar, pero que insensiblemente se dejan traducir en lastimeros ayes, como a veces una lágrima furtiva suele hacer traición, sin que la podamos reprimir, a la sorda tempestad que agita el fondo de nuestra alma.

Oídla en su composición A María Inmaculada, y veréis cuán exacta es la observación:

«Mi fe me hizo volver a ti los ojos,
Ya por el llanto rojos,
En esas horas de mortal quebranto
En que el alma, en aislado sufrimiento
Y callado tormento,
Quiere huir de sí propia con espanto»

En la bella elegía escrita en quintillas (que el accidente del metro no puede mudar la esencia de las cosas) y titulada La flor del olvido, escribe:

«No vale todo el reposo
Con que nos brinda el olvido,
El suspiro misterioso
Que del corazón medroso
Lanza el recuerdo escondido.»

Y en otro lugar, depositando una flor sobre el sepulcro de amiga querida:

«Vengo a dejarte una flor
Nacida en mi pensamiento,
De mi cariño al calor,
Que debió riego y sustento
Al llanto de mi dolor.»

Pues si seguís ocultamente sus pasos, y os paráis a escuchar los acentos en que prorrumpe ante el hermoso espectáculo de la naturaleza, una siempre, y siempre nueva y distinta, ¡con qué dulce satisfacción no la oiréis exclamar, a la luz argentina de la encantadora Febe, sol de los desvelados, según el lírico inglés; en las playas valencianas, ceñidas de vergeles, donde anida perpetuamente la primavera; ante el inquieto ir y venir de las olas del Mediterráneo, teatro insigne de tantas heroicas hazañas; conmovida por el tranquilo reposo de la gente labradora, que en sus limpias cabañas (fabricadas bajo el extendido pabellón de gigantesca palmera) duerme el pacífico y envidiable sueño de la honradez laboriosa:

«Y no diera en este instante

Por un alcázar brillante
Que alboroz
Y maravilla,
Una choza
De esta orilla
Coronada por la cruz!»

¡Cómo no sentirnos arrastrados de secreta simpatía, cuando al caer la tarde la oigáis decir en la soledad de los campos, entregada sin reserva a los naturales impulsos del corazón:

«Busqué el bullicio en incesante anhelo

Quien dicha en él apura;
Yo busco en el retiro mi ventura:
Que en él extendiendo el vuelo,
Y de este mundo me remonto al cielo!»

En resolución, las composiciones de nuestra modesta poetisa, reunidas en el presente volumen, tienen el atractivo de todo lo que nace espontáneamente en un alma templada al calor de afectos puros y generosos. La crítica descontentadiza podrá tal vez hallar pequeños lunares en la forma de tan delicadas flores: la suavidad de sus perfumes regalará siempre el espíritu de las personas sensibles.

Madrid, 15 de Febrero de 1868.

Manuel Cañete.

Entre el cielo y la tierra

Hay días de grata calma,

De tan dulce desvarío,
Que flores hasta el vacío
Presta a nuestro corazón;
Y entre vagas armonías,
Y entre sueños de dulzura,
Siente el alma de ventura
Desconocida emoción;
Y busca un sol más brillante
Y otro suelo y otras flores,
Y más risueños colores
Y otro cielo que admirar,
Y otro lenguaje que exprese
Lo que el suyo en vano trata

Que sólo su afán retrata
Con incierto suspirar...

Mas ¡ay! que en cada suspiro
El alma al espacio vuela,
Y nueva vida recela
Que no acierta a definir,
Y llorando de ventura
Por delicias no esperadas,
Siente dichas ignoradas
Y pide en ellas morir!

Y pasan las horas
En rápido vuelo,
Y el alma levantan,
Levantán al cielo...
Mas ¡ay! que ni a él llega
Ni en la tierra está.
Y es que, hay otro mundo
Latente, escondido,
De castas delicias
Purísimo nido,
Y el alma que siente
A ese mundo va!

Y vienen horas en cambio
En que sin razón segura,
Nos envuelve la amargura
Con su fúnebre crespón;
Y sin saber por qué lloran,
Lloran sin tregua los ojos,
En tanto que los enojos
Rebosan del corazón;

Y ni matices las flores
Nos muestran en su corola,
Ni la luna su aureola,
Ni vemos el sol brillar;
Ni los cantos escuchamos
Con que las aves se entienden,
Y hasta sus ecos ofenden
Y doblan nuestro pesar.

Y huyendo de cuanto bello
El alma en su torno mira,
Por otro mundo suspira
Y a otro mundo quiere ir,
Mundo en donde su amargura
Más alta y más ancha viva,
Buscando a su pena vida
Y ansiando en ella morir!

Y pasan las horas
En amargo duelo,
Y el alma levantan,
Levantan al cielo...
Mas ¡ay! que ni a él llega,
Ni en la tierra está.
Y es que hay otro mundo
Latente, escondido,
De santos dolores
Purísimo nido
Y el alma que siente
A ese mundo va!

En alas del sentimiento
Más que de la fantasía,
Volé un día y otro día
A esa ignorada mansión;
Y en sus espacios perdidos
Estas hojas se trazaron,
Y una tras otra brotaron
De mi pobre corazón.

Por eso hoy al darles nombre
Con que entrar en este mundo,
Las llamo, como al fecundo
Mundo en que las vi nacer;
Y aunque aparezcan desnudas
De galas del pensamiento,
Tendrán las del sentimiento
Del mundo que los dio ser!

María Inmaculada

Sólo se alzó hasta Ti mi pobre acento

En oración cristiana:
Nunca osó temeroso el pensamiento
De humilde inspiración bajo el amparo,
Llegar hasta tu asiento,
Que cercan los querubes
y sostienen las nubes
Sobre el ropaje azul del firmamento.

Nunca, nunca pulsé la lira mía
Al nombre de María,
Porque juzgué, Señora, que cantarte,
Sólo aquellos debieron
Que del cielo la dulce melodía
Para sus tiernos cantos recibieron

Y robaron al arte sus primores
Su cadencia a los suaves ruisseños,
Y la arrogancia para alzar su canto
Al águila altanera,
Que rauda tiende el vuelo,
La tierra deja, por la nube rompe,
Y el sol mismo amenaza en su carrera,
Y va a perderse en la celeste esfera
 Por temor a lo pobre de mi canto
Hasta tu trono santo
Mi lira no elevó tímidos ecos,
Pero ya de mi pecho alborozado
Se escapa el sentimiento
Que estuvo hasta hoy callado,
Y a Ti vuela mi acento,
Y en pos de Ti se lanza,
Y ya temor no advierte,
Que en Ti miro la vida de mi muerte,
Mi norte y mi esperanza.
 Oh! Salve en Ti, María
A la casta doncella
Que la cabeza del dragón impío
Holló bajo su huella;
La que inclinó su frente
De su Dios a la voz, y humilde dijo
Con labio reverente:
«He aquí, Señor, tu esclava:
Hágase en mí según tu amor contaba.»
 Bendita en Ti la esposa, que su nombre
Enlazó con el hombre,
Por ser su madre nueva
Borrando el crimen que aún el mundo llora
De la Eva pecadora,
La inmaculada, la cristiana Eva!
Si una mujer el mundo
Pudo lanzar de un golpe en el profundo
Abismo de los males,
Otra de santa abnegación ejemplo,
Abrió a los fieles el cerrado templo
De gracias celestiales...
Raro contraste, singular misterio,
Que el ánimo suspende, el alma eleva,
Y hasta su Dios la guía
Él con liberal mano
Los males atajó, y augusto quiso,
Si una mujer la humanidad perdiera,
Que otra mujer viniera

Y con su amor la humanidad salvara!
Gloria a la Madre que apuró hasta el fondo
El cáliz de amargura,
Y en su propio dolor encontrar pudo
Tesoro tal de maternal ternura,
Que acoger le dejó en su amor al hombre,
Que con feroz, sangriento regocijo,
Enclavado en la cruz le dio a su Hijo!

Tan sólo quien tuviera
Origen celestial, y Dios criara
Para madre del Verbo, y la eligiera
Para que al hombre mísero salvara,
Ejemplo tal de amor al mundo diera!

Aunque necia e impía
La humanidad por madre te negara
Yo tu gloria cantara,
Tu piedad implorara el labio mío,
Por Ti mi frente al polvo se humillara,
Y con ojos que viven
Dentro del pensamiento
Y la luz solo de la fe reciben,
Sobre el azul del cielo
Buscárate con fervoroso anhelo!

Oh! Si un día perder debiera el alma
La venturosa calma,
Que por mares tranquilos hoy la guía,
Para lanzarse en mar ¡ay! borrascosa,
No me quites jamás, Señora mía,
La fe que en Ti reposa,
Que con ella mis penas
No han de creerse de consuelo ajenas.
Mi fe me hizo volver a Ti los ojos,
Ya por el llanto rojos,
En esas horas de mortal quebranto
En que el alma, en aislado sufrimiento
Y callado tormento,
Quiere huir de sí propia con espanto;
Y al volverlos a Ti, cual la tormenta
Que alborota los mares,
El iris calma, la bonanza advierte,
Y al navegante alienta;
Así en el alma mía
Huyeron los pesares
Al invocar el nombre de María!

Qué fuera de los míseros mortales
Si en tu amor no vivieran y esperaran?
Quién calmará sus males?

Quién sus quejas oyera,
Y por ellos, Señora, intercediera?
Oh! no; el pesar humano.
Límite de dolor mayor no alcanza
Que a perder su esperanza,
Y eres Tú la esperanza del cristiano.
Nunca, nunca te pierda el alma mía!
Sé Tú mi escudo, sé Tú mi consuelo,
Y el alma acoge y guía
Cuando deje este suelo,
Y a más perfecto mundo tienda el vuelo!
Deja que en mis placeres te bendiga
Y en mi dolor te implore
Deja que a tus pies lllore
Y mis penas te diga;
Deja en fin elevar mi pobre canto
Hasta tu trono santo,
Y ve, Señora mía,
Que a falta de ecos de la lira mía
Te ofrece el pecho, con su fe escudado,
Un corazón en lágrimas bañado,
Que a Ti reza, a Ti acude y en Ti fía.

A mi madre

He llegado a comprender

Que al sentir aproximar
lloras de dulce soñar
Y de vago padecer;
Horas en las que esconder
Ve sus reflejos el día,
Pidiendo a la noche umbría
Sin su fúnebre capuz
Misteriosa, incierta luz
De tierna melancolía:

En esas horas que son,
Para quien sabe sentir,
Horas en que deja oír
Verdades el corazón,
Lamentas, no sin razón,
Que yo, que tanto canté,
Yo, que al papel trasladé
Cuanto en el alma sentía,
Tan solo a ti, madre mía,
Un canto no consagré.

Mucho has debido sentir,
Mucho has sabido callar,
Mucho has podido envidiar
Mis conceptos al oír,
Si llegaste a presumir
Que iba en ellos de partida
El alma entera escondida,
Sin decirte nada a ti,
Cuando eres tú para mí
Otra mitad de mi vida.

Mas no es así, no te azores;
Deja que cante a la flor,
De la aurora el esplendor,
Del ruseñor los primores;
Deja que entre mis dolores
Quejas a los vientos dé,
Ve que si no te canté
Es que por ti tanto siento,
Que ni aun poniendo en tormento
La razón, decirlo sé.

Tú, que de mi pobre gloria
Tierno vigilante fuiste,
Tú, que en el seno escribiste
De mis desdichas la historia,
Tú, en cuya amante memoria
Van impresos mis pesares,
Mis venturas, mis cantares,
Cuanto el pecho guarda en calina,
Qué puede decirte el alma
Que en ti misma no encuentres?

¿Anhelas mis cantos, di,
Pobres de ingenio y de arte?
Ellos no pueden pintarte
Lo que guardo para ti.
Por eso siempre temí
El silencio quebrantar,
Porque antes de profanar
La santidad del querer,
Dejo al labio enmudecer,
Sólo al corazón hablar.

Busca el alma que te llama,
Todo día, en toda hora,

En el fuego que atesora
De mi pupila la llama;
En mi aliento que se inflama
Si el tuyo débil advierto
En mi respirar incierto
Sino estás al lado mío;
En el beso que te envió
Cuando a tu lado despierto.

Búscala al verme luchando
Víctima de ensueño triste,
Si a mi lado sonreíste
Mi espíritu serenando
Cuando padezco callando
Por no turbar tu contento
Cuando elevo al firmamento,
Mi mente y mi corazón,
Pidiendo a la Inspiración
Gloria, que en tu frente asiento

Recoge, en fin, con anhelo
Los pedazos de mi alma
En esas horas sin calma,
De tan triste desconsuelo,
Que ya no encuentro en el suelo,
Esperanza ni alegría,
Y a otro mundo volaría,
Si, cuando el dolor le ahogara,
El corazón no estallara
Exclamando: «Madre mía!»

No hay canto que valga, madre
Lo que tal exclamación,
Ni pidas al corazón
Lenguaje que más te cuadre:
Deja que el pecho taladre
Con mi propio razonar,
Y cuando le oigas cantar,
Falto de arte, pobre de estro,
Piensa que sólo maestro
Ha sido en saberte amar!
Noviembre del 66

La esperanza

Misterio incomprensible, que sostienes

La fortaleza, la virtud del alma,
Que la recibes cuando viene al mundo,

Siempre la amparas:

Faro consolador del afligido,
Iris que calma siempre la borrasca,
Apoyo del espíritu cristiano....

¡Salve, esperanza!

Eres del niño peregrina estrella,
Que guías hacia el bien su débil planta,
Haciéndole entrever gloria y ventura

En el mañana:

Eres del hombre espíritu intranquilo
Que le despiertas y hacia ti lo arrastras,
Le encadenas, le ofreces, le ilusionas,

Audaz le engañas;

Y vuelves luego a interesarle, y vuelves
Siempre a jugar con sus mortales ansias,
Sin que él reniegue de tu dulce imperio

Dicha del alma!

Eres de la mujer más que la vida;
Eres la fe que la sostiene y salva!
Niña, doncella, madre, en ti constante

Sus ojos clava:

Y si reza, es que tú le dices «ora,
Que Dios oye clemente tu plegaria:»
Si sentir deja al corazón, comprende

Que tú le dices «ama.»

Y si un ángel lo da sobre la tierra
La bendición de Dios, estas palabras
Son las primeras que a decir le enseña:

«¡Fe y esperanza!»

¿Cómo no bendecirte el labio mío,
Si fuiste por el mismo Dios formada,
Y eres de nuestra madre cariñosa

La primera palabra?

¿Qué fuera del amor sin tu alimento?
¿Sin ti, cómo hacia el bien bogara el alma?
La virtud, el amor, ¿cómo vivieran

Sino esperaran!

No se padece pena más aguda,
Ni se inventó palabra más amarga
Que ésta que mata, que aniquila el ánimo:

«¡Sin esperanza!»

¡Es recibir la muerte y no morir!
Es quedarse con vida y no gozarla!

Es no tener sonrisas, ni oraciones,
Ni fe, ni lágrimas
Dichoso aquel que sus pesares llora
Y llorando su vista a Dios levanta,
Tendrá el consuelo que al que en Dios espera,
Dios siempre manda.
Virtud que al alma vacilante enseñas
Que hay siempre un mas allá de paz y calma,
Que sobre las miserias de este mundo
Dios nos aguarda;
Bendito tu fulgor que el alma eleva!
Tu poderosa, inextinguible llama,
Del nacer al morir siempre la vemos,
Nunca se apaga;
Y ni en ese momento en que la muerte
Nos acaricia con sus negras alas,
Supremo instante en que se pierde todo,
Todo se acaba,
Y ni el beso del padre nos conmueve,
Ni el acento del hijo que nos llama,
Ni nos arranca el mundo que dejamos
Una mirada;
Cesa la mente de esperar, que entonces
Se eleva, y más creyente, más cristiana,
Espera que en un mundo más perfecto
Vivirá el alma!

A la luna en la playa de Valencia
Si es tu pálida blancura,

Si es tu mágica dulzura
La que infunde
Paz y calma,
Y difunde
Dentro el alma
Ignorado bienestar;
No huyas tan rápida, espera,
Plácida y fiel compañera
Del que llora;
Deja ruego
Que la aurora
Nunca llegue
Tu claro brillo a matar.

No adviertes cómo esta noche,
Cual flor que rompe su broche,

Renaciendo
El alma mía,
Ya sintiendo
De alegría
Bálsamo consolador?
No adviertes cómo mis ojos,
Por el llanto siempre rojos,
Al mirarte
Se serenán
Y al nublar-te,
Tú, se llenan
De lágrimas de dolor?

Solitaria mensajera,
Bienhechora compañera
De quien no ama
Sol ni día,
Y te llama
Y te confía
Secretos del corazón:
Confidente de las flores
Y de los castos amores!
Yo daría
Del sol bello
La alegría
Y el destello
Por tu luz de bendición!

Yo te vi alumbrar hermosa
Entre la enramada umbrosa,
Arroyuelo
Que de día
Sin anhelo
Visto había,
Y hermoso me pareció:
Vi al sol iluminar montes
Y lejanos horizontes,
La alta cresta
La hondonada,
La floresta
Ponderada...
Y el alma no impresionó:

Pero los vi a tu luz vaga,
Y cual misteriosa maga
Les prestaste
Tal grandeza,

Que animaste
Mi tibieza,
Y el poder de Dios sentí;
Y hasta humilde florecilla
Olvidada por sencilla,
No encontrara
Mi deseo
Flor más cara
Si la veo
Iluminada por ti.

Hoy te contemplo a la orilla
Del mar, y en sus ondas brilla
Aún más vivo
Tu reflejo,
Y apercibo
En su espejo
Tus cambiantes rielar:
Y tu misterioso encanto
Impresiona el pecho tanto,
Que a grabarte
Ya la mente
Por mirarte
Eternamente
Reflejada en ese mar.

Nunca lo hallé tan hermoso!
Nunca el jardín tan frondoso,
Ni su esencia
Tan fragante,
Ni a Valencia
Tan gigante
Como al verla a tu fulgor!
Que sus torres elevadas,
Sus campiñas dilatadas,
Cuanto ostentan
Sus vergeles,
Que aún lamentan
Los infieles
Cual su pérdida mayor;

Encuentro hoy más atrevidas,
Y sus llanuras vestidas
Más de fiesta
Portentosa,
Porque en esta
Noche hermosa

Les da más valor tu luz:
Y no diera en este instante
Por un alcázar brillante
 Que alborozaba
 Y maravilla,
 Una choza
 De esta orilla
Coronada por la cruz!

Solitaria mensajera,
Bienhechora compañera,
 De quien no ama
 Sol ni día,
 Y te llama
 Y te confía
Secretos del corazón:
Confidente de las flores
Y de los castos amores:
 Dios bendiga
 Tu incolora,
 Luz amiga
 Que atesora
Bálsamo de bendición!

El pensamiento

-Padre mío, una vez mirando al cielo

 Una niña exclamó:
Pudo alguno elevarse desde el suelo,
 Y ese azul traspasó?
-No, hija mía, cruzando el ancho espacio,
 Salvando el arbol
De esas nubes de fúlgido topacio,
 Y atrás dejando al sol,
Tan sólo el pensamiento a la presencia
 De Dios sabe llegar,
Del Dios cuyo sabor y omnipotencia
 Pudo un mundo crear.
-¿Y qué es el pensamiento?
 -Es la luz pura
 Que Dios mismo encendió,
Y para iluminar su mente oscura
 Al mortal otorgó.
Rayo es que nos alumbraba en esta vida
 Con vivo resplandor,
Y va guiando el ser donde se anida

Hacia un mundo mejor.
Él nos da cuando niños la esperanza,
Nos da después la fe,
Que de la suerte en la áspera mudanza
La mano de Dios ve,
Y nos enseña luego en los dolores
Lo que es conformidad,
Y a esperar que del Iris los colores
Traiga la tempestad.
Es el que en la niñez nos da cariño,
Oro en la juventud,
Probando al viejo, aconsejando al niño,
No hay dicha sin virtud.
Es el que de la flor en el aroma
Nos da grato placer,
Y de las aves el sentido idioma
Nos permite entender:
Es el que del vapor alas creando,
Nos trasporta veloz,
Y con alambre mundos enlazando
Los impulsa a una voz:
Y el aire aunque te asombre nos concede
Con firmeza cruzar;
Y la nube, que el sol romper no puede,
Y las olas del mar.
Y en los rayos del sol coger nos deja
Secretos de la luz,
Y en cada estrella un mundo nos refleja,
Y la gloria en la cruz!
Es en fin, hija mía, el pensamiento
Escala celestial,
Que levanta del polvo al firmamento
Al mísero mortal!

A Don Pedro Calderón de la Barca

Era yo niña: entre el rumor primero
Que al pecho llega en plácida armonía
Cuando de la inocencia prisionero
Vislumbra ya de la razón el día,
Tú llegaste hasta mí; dulce y severo
Lograste conmover el alma mía,
Y te busqué, y tu nombre aún ignoraba
Y ya el labio tus versos murmuraba.

Y ellos mi entendimiento iluminaron,

Santas delicias a mi infancia dieron,
Y poco a poco levantar lograron
Mis sentidos, que al fin te comprendieron:
Mis labios que a cantar tu gloria osaron,
Entonces para siempre enmudecieron.
¡Hoy, que de tu valor mide la talla,
Admira la razón, la lengua calla!

Grande tu misión fue: la patria mía
Con santo orgullo y con amor te nombra,
Y el estro de la hispana poesía
Se alza gigante con tu augusta sombra.
Sirviéronle a tu rica fantasía
Del arte los obstáculos de alfombra,
Y el arte por primero te proclama,
Y es pedestal el Mundo de tu fama.

Con tu Secreto agravio y tu Venganza
El alma llenas de mortal pavora,
De tu Médico admira la templanza,
De tu Duende mujer la donosura,
No halla en la primavera semejanza
Con tus Mañanas de sin par dulzura,
Y se crece el espíritu, y no es dueño
Aun así, de alcanzar tu Vida es sueño!

Nadie hasta ti llegó: Lope fecundo
Camino te abre con su rica vena;
Tirso, ya picaresco, ya profundo
Su musa ostenta de donaire llena
Otros cien tras de aquestos dan al mundo
Joyas que ensalzan la española escena;
Mas sólo tú hermanaste sutileza,
Heroísmo, pasión, arte, grandeza!

No debes a la patria agradecida
Un humilde recuerdo a tu memoria;
Una losa entre ruinas confundida
Hoy nos habla tan sólo de tu gloria.
Olvidote tu patria a quien das vida,
Cuál página más rica de su historia,
Mas monumento firme y duradero
La admiración te da del mundo entero.

No necesitas que unas pobres flores
Agrupándose al pie de tosca piedra,
Rindan a tu valer pobres loores,

Cual débil luz a quien la fuerte arredra.
Tú las creaste dignas y mejores,
Que a ti se enlazan cual al tronco yedra,
Y éstas, que vida del sabor reciben,
De unos en otros van, y eternas viven.

Quédate, así; y pues sólo en la memoria
De los que viven, sienten y te admiran
Debes vivir, justo es si hacia tu gloria
Mi mente el alma en su entusiasmo giran:
Tú los llamaste, tuya es la victoria
Si hoy sienten, piensan y a lo bello aspiran,
Que otra senda jamás seguir pudiera
Quien te ha debido su impresión primera.

Nocturno

Ya huyó el sol por occidente,

Ya va mostrando la luna
Su aureola;
Ya la flor dobla su frente
Por mirar en la laguna
Su corola:

Ya los pájaros murmuran
Dulces trinos de amorosa
Despedida;
Ya las estrellas fulguran
Sobre la natura hermosa
Dormecida:

Ya es todo calma y descanso;
Ni el aura en la selva umbría
Vuela leve...
Hasta el arroyuelo manso
A murmurar cual solía
No se atreve!

Acuda, pues, el que anhela
Consuelo, expansión, reposo
Para el alma,
Que libre al espacio vuela
Cuando todo silencioso

Duerme en calma!

No tema si ríe o llora:
Nadie escucha sus canciones
Ni su duelo...
Implore a Dios, que a tal hora
Seguras las oraciones
Van al cielo!

Ven joven, tú que trocaste
Por mil ensueños de rosa
Mil engaños;
Ven anciano, tú que hallaste
Experiencia dolorosa
Con los años,

Ven niña, si de amor lloras
Dicha pasada o presente
Desventura;
Ven madre, tú que las horas
Cuentas ante una reciente
Sepultura!

Venid cuantos en el alma
Guardáis dichas o tormentos
Recatados;
Ya la noche en santa calma
Os manda dulces momentos
Codiciados.

Ella acoge vuestra queja,
Ella enjuga vuestro lloro
De amargura,
o al menos correr lo deja
Entra su inmenso tesoro
De dulzura.

Feliz quien busca tal hora,
Que impregna los corazones
De consuelo!
Feliz quien entonces ora,
Que entonces las oraciones
Van al cielo!

La flor del olvido

Es el olvido una flor,
Que dentro del alma vive,
Cuyo influjo bienhechor
Borra cuanto el tiempo escribe
Con risa, llanto y amor.

Por ella el perdido bien
No da dicha ni congoja;
Ella hace pasar también
Del alma el rudo vaivén
Que la ilusión ¡ay! deshoja.

No siempre al alma va unida
Esa flor, dichoso don
Que a gozar del hoy convida,
Cicatrizando la herida
Del llagado corazón.

Hay almas que por correr
Tras del bien que vieron ir,
Halagan su padecer,
Y en los recuerdos de ayer
Se van dejando morir.

¿Sabéis lo que queda al ciego
Corazón que nunca olvida?
Una vida sin sosiego,
Y allá en su fondo escondida
Una lágrima de fuego.

Mas no podéis comprender
Los que sabéis olvidar,
El puro, inmenso placer,
Que hace el alma estremecer
Esa lágrima al brotar!

No vale todo el reposo,
Con que nos brinda el olvido,
El suspiro misterioso
Que del corazón medroso
Lanza el recuerdo escondido!

Es este mundo dejar
Por el mundo del sentir!
Es al pasado tornar,
Y con su pena gozar,
Y con su dicha sufrir!

Es del tiempo la medida
Cortar con ánimo fuerte!
Es la impresión recibida
Dilatar toda una vida
Buscando en ella la muerte!

Mas qué digo? No hay placer
En donde anida el dolor!
No dejéis llanto correr,
Aunque el alma a su calor
Se estremezca de placer.

Olvidad! Fresca y lozana
Se alza la flor del olvido,
Brindando altiva y galana
El bien que su cáliz mana
Al corazón dolorido.

Y si el alma al abrirla
Se hace digna de obtenerla...
Vale el bien de disfrutarla
La vergüenza de alcanzarla
Y el baldón de merecerla!

Buscad la dichosa flor
Que dentro del alma vive,
Cuyo influjo bienhechor
Borra cuanto el tiempo escribe
Con risa, llanto y amor.

Sabéis lo que alcanza el ciego
Corazón que nunca olvida?
Una vida sin sosiego,
Y allá en su fondo perdida
Una lágrima de fuego!

La niña y la flor de azahar
Apólogo

-De dónde vienes? la niña

Preguntó a la blanca flor.
Vengo en alas de tu amor,
De muy lejana campiña.
Tu dicha vengo a sellar

Tu ser uniendo a otro ser,
Y en ello, de tu deber
Ejemplo te vengo a dar.

-Te trajo mi amor?

-Sin él

Nunca a tu lado viniera,
Que soy de amor mensajera,
Y del tuyo emblema fiel.

-Puro es mi amor.

-Como yo.

-Dios le creó.

-Como a mí.

Va a gozar la dicha.

-Sí.

-Que será eterna.

-Eso no.

Nada eterno puede ser,
Y en el mundo en que vivimos
Todos a inmolar nacimos
Nuestra ventura al deber.
Yo flor, de tu amor emblema,
Gocé los bienes mayores
Que Dios otorga a las flores
Con su voluntad suprema.
Me daba el aura su arrullo,
Los pájaros su armonía,
Y hasta a besar descendía
El céfiro mi capullo;
Y orgullosa me miraba,
Y satisfecha en mi anhelo,
Cual santa oración, al cielo
Mi perfume se elevaba.

-Por qué el sitio abandonar

Donde eras tan venturosa?

-Fue a buscarme aquel que esposa

En breve te va a llamar.

Cortome para ofrecerte

La nupcial diadema en mí,

Y sacrificar debí

La suerte mía a tu suerte:

Mi vida inmolo a los dos,

Y muero por ti sin pena,

Que al que labra dicha ajena

La suya le guarda Dios.

-Ven, pues, y del amor mío

Emblema y corona sé;

Fuerzas en mí encontraré

y seguir tu ejemplo fío.
-Sí, procura con tu amor
Tu abnegación hermanar,
Que eso niña es levantar
El espíritu al Señor.
Y esposa que en su conciencia
Halla unión de tal valer,
A su esencia de mujer,
Une del ángel la esencia.
Desde hoy seréis uno en dos,
Sacrifícate sin pena,
Que al que labra dicha ajena,
La suya le guarda Dios.

Calló la flor, que la hermosa
En su frente colocó,
y en su mirada brilló
Revelación misteriosa;
Que si el alma del mortal
Camina del bien en pos,
Baja un destello de Dios
A su frente virginal.

A mis alegrías
Soneto

No os busqué, me buscasteis, y en mi pecho
Apenas un momento os detuvisteis,
Porque encontrar sin duda le debisteis
Para vuestro valer, recinto estrecho.
El corazón en lágrimas deshecho
Desde que el bien a conocer le disteis,
No llora el mal que con huir le hicisteis,
Llora el que al acercaros le habéis hecho.
Avezado al dolor de aciagos días
Ignoraba el placer de horas serenas,
Vinisteis, y tan sólo por ser mías
Mostrasteis condiciones tan ajenas,
Que tuve, al disfrutar mis alegrías,
En conocerlas mis mayores penas!

Despedida al año 1865

¡Un año más! Con dolor

Casi te miro partir,
Si te pude recibir
Con impresión de temor:
Nunca esperé que mejor
Me hicieras pasar tus días,
Mas hoy que las penas mías
Se quedan, y tú te vas,
Creo que llevas detrás
Mis soñadas alegrías.

No te quedo año a deber
Dichas, amores, ni gloria;
No deja en mi tu memoria
Ni un recuerdo de placer,
Mas si te vengo a perder
Sin más penas que contar,
No extrañes que al ver llegar
Otro, que más que sentir
Me deje acaso al morir,
Quieran mis ojos llorar!

Sin tener que agradecerte
Anhelara conservarte,
Que siento que he de llorarte
Después, de perdido verte;
Fue de tu vida la suerte
Derramar luto y pesares,
Pero en tanto sin azares
Mi vida arribó a esta orilla
Como la frágil barquilla
Que surca revueltos mares.

En otros años, yo vi
Trocarse en borrasca fiera
La existencia placentera,
Que al Ser Supremo debí
No se borran para mí
Aquellos años de afán,
Que no pasa el huracán
Sin tronchar ramas y flores
Ni del alma los dolores,
Sin dejar huella se van.

Adiós, pues, tú que trajiste
Contra la desdicha mía
La dulce melancolía,
Sola ventura del triste:
Nunca olvidaré que diste,
Reposo a mi corazón,
Que a tan dura condición
Un día pudo llegar,

Que dicha llegó a encontrar
El mantener su aflicción.
Ve en paz año de venturas
Para otros, ¡ay! de dolores!
A los que en bienes y amores
Diste dichas más seguras,
Tras de nuevas aventuras
Irán de tu olvido en pos...
No temas que entre los dos,
Alce el olvido su palma:
Me diste la paz del alma,
Que es la sonrisa de Dios!

A un dondiego de noche

No eres flor la más bella entre las flores,
Aunque guarda tu cáliz seductor
De preciados matices los primores,
Y en su fondo perfume embriagador.
Eres, humilde flor, pobre de encanto;
Más pobre si te cercan las demás,
Y sin embargo, aunque ellas valen tanto,
Mi alma te busca, va donde tú estás.
Qué dulce imán entre tus hojas guardas?
Qué atractivos escondes para mí,
Que mi ánimo en ganar tan sólo tardas
Lo que yo tardo en contemplarte a ti?
¡Ah! lo sé; que en la noche silenciosa
Tu cáliz no se cierra, pobre flor,
Y cuando todo en derredor reposa,
Velas cual alma presa del dolor.
Tú, así que el astro rey con tintas rojas
El mundo inunda de esplendente luz,
Te escondes, para abrir luego tus hojas
Cuando tiende la noche su capuz.
Qué tormentos ocultas en tu broche?
Qué penas que no sienten las demás,
Para que sólo vivas por la noche,
Cuando los tristes velan nada más!
¡Ay! también sin reposo el alma mía
Hiere horas de silencio bienhechor,
Y huyendo del bullir de alegre día
Busca en la noche alivio a su dolor.
Ambas pedimos a la noche amiga
Que calme nuestro triste padecer...
Que mucho, la bendiga y te bendiga

A ti, que vida tienes de su ser?
Bendigo sí la noche, porque deja
Tranquilo a Dios mi espíritu elevar,
Y bendigo su luna que refleja
A la onda clara del sereno mar;
Y su dulzura triste y silenciosa,
Que ofrece lenitivo a mi dolor
Y su brisa, que vaga rumorosa
Acariciando a la dormida flor;
Y te bendigo a ti, planta querida,
Porque a su sombra vives como yo,
Y acompañas al alma dolorida
Cuyos males el sueño no calmó.
Deja te busque: deja el llanto mío
Hasta tu puro cáliz descender,
Y oculta ese tristísimo rocío...
No más al mundo se le dejes ver!
Él solo dicha leerá en mi frente,
Tú no dirás que la anubló el dolor...
Dónde encontrar más digno confidente,
Débil mujer, que el cáliz de una flor!

Dos flores
Balada

Un alma que niña era,

Y que a las flores amaba,
A dos flores que admiraba
Oyó hablar de esta manera
Que hablan las flores, con calma
Afirma más de un Doctor,
Y bien puede hablar la flor
Cuando exhala aroma el alma.
-«Ven, la primera decía,
Yo te daré con mi esencia
La calma de la existencia,
Que asegura la alegría.
A mi lado, los pesares
Hojas son que lleva el viento,
No hará un pasado tormento
Que el bien presente acibares;
Que los bienes que pasaron,
Las ilusiones que huyeron,
Los amores que murieron,
Con las dichas que mataron;

En aspirando mi esencia
Bórranse de la memoria:
No turbará triste historia
La calma de tu existencia.

Que uniforme, igual, seguida,
Sin que el ayer te sujete,
Sin que el mañana te inquiete,
Se deslizará tu vida.

-Soy, la segunda decía,
De condición tan preciada,
Que al alma privilegiada
Sólo Dios mi esencia envía.

Y siempre que un ser vulgar
Se acerca a mi seno puro,
Por huir su hálito impuro,
Mis hojas torno a cerrar;

Y luego las vuelvo a abrir
Al alma que siente y llora,
Prestándole un bien que ignora
El que no sabe sentir.

Que los bienes que pasaron,
Las ilusiones que huyeron,
Los amores que murieron
Y las dichas que mataron;
Del alma ricos despojos
Los conservo yo en mi seno,
No hay, pues, un corazón bueno
Que a mí no vuelva los ojos!

Por mí el amor muerto, vive;
El ser que no es ya, respira;
Y hasta presente suspira
Aquel que ausencia proscribe;

Que yo acorto la distancia,
Yo eslabono las memorias,
Y hasta eternizo las glorias
Si les presto mi fragancia.

-Conmigo, tornó a decir
La flor que primero hablara,
Nunca volverás la cara
A lo que ya viste huir!

-Yo para el alma sentida
Dichas pasadas evoco,
Dichas que valieran poco
Si yo no les diera vida!

-A mí me buscan los sabios.
-A mí me guardan los buenos.
-Yo borro dichas y agravios.

-Yo los guardo de odio ajenos.

-Al que Dios da inteligencia

Aspira mi esencia en calma.

-Al que da limpia conciencia

Abrigo me da en su alma.

-Yo busco siempre al más cuerdo.

-Yo al que siente más, convido.

-Yo soy la flor del olvido!

-Yo soy la flor del recuerdo!

Y el alma que las oyó,
De entrambas flores prendada,
Fue a cortarlas desalada,
Y en su fondo las guardó.

Desde entonces aquel alma.
Siente su eterno luchar...
Cuando va la una a triunfar,
La otra le roba la calma.

Y ella va tras el olvido,
tras el recuerdo en pos,
Pidiendo en vano a las dos
El reposo que ha perdido.

Ante una sepultura

A la memoria de mi buena amiga D.^a M. S. de E.

Por qué cuando el espíritu te busca

Y a ti quiere volverse el pensamiento,
Me encuentro ante una losa funeraria
Y en medio, ¡ay! Dios, de triste cementerio?

No es mentira? No es obra de la mente
Presa de horrible, de tenaz ensueño?
Si ayer aquí, a mi lado te veía.....
Cómo hoy por todo el mundo no te encuentro?

Pudo la muerte tu vigor, tu espíritu,
Tu rostro venerable que aún contemplo,
Tu virtud, tu piedad, tu fe cristiana,
Reducir a la nada en un momento?

No, no; la muerte aquí quedó vencida
Si ilusos vencedora la creemos,
Que el mismo Dios, de tu virtud movido,
Te redimió del mundo y fuiste al cielo!

Quién como tú, la carga que la suerte
Sobre sus hombros débiles ha puesto,
Supo llevar tranquila, resignada,

Ofreciendo a los suyos digno ejemplo;

 Quien su larga carrera por el mundo
Siguió siempre con ánimo sereno,
Y los escollos que su pie encontraba
Logró salvar con generoso esfuerzo;

 Bien merece dejar las amarguras
De este penoso e infecundo suelo,
Y, con los pocos que perecen justos,
Junto al trono de Dios tornar asiento!

 No has muerto, no; la vida que anhelamos,
Y en mundo más perfecto comprendemos,
Ésa es la que por dicha conquistaron
Las cristianas virtudes de tu pecho.

 Y aún tiemblas corazón ante esa losa?
Aún al verla suspéndese tu aliento,
Y cuando yo animoso te buscaba,
Rendido al padecer, ¡ay! Dios, te encuentro?

 No temas; esa piedra polvo guarda;
Siempre vivas en torno suyo vemos...
Todo junto nos dice: dentro, nada!
Fuera, la vida siempre, el bien eterno!

 Dichosa tú que ha poco entre los vivos
Eras grosera arcilla cual son ellos,
Y hoy como a santa, en oración cristiana,
Te hemos de hablar, si hablarte pretendemos.

 Lágrimas te da el alma: con las tuyas
A volverte alcanzaran el aliento
Tus hijos, si las lágrimas pudieran
Alterar los designios del Eterno!

 Mas ¡ah! a llorar sin fruto hemos nacido,
Y aunque envidiarte y no llorar debieron,
Débil es la razón de los humanos,
Y cuanto sienten más, la escuchan menos!

 Démoste, pues, la vida en la memoria,
Única que nosotras dar podemos;
Vida mejor al perder ésta hallaste:
Viva te verá siempre el pensamiento!

 De hoy más, al contemplar tu fría losa
En medio de este triste cementerio,
Dándote una oración y una sonrisa,
Te buscarán mis ojos en el cielo!

A Santander
Despedida

Si hay dichas que no se acaban,

Si hay bienes que son eternos,
Y alegrías que carecen
De pesar por el reverso;
Son aquellas que tranquilas
Blandamente nos mecieron,
Dándonos gratas dulzuras,
Dándonos puros contentos.
Estos bienes no se acaban
Ni borrarlos puede el tiempo,
Que los conserva lozanos
El rocío del recuerdo!
Por él vivirán presentes
A mi agradecido pecho
Los días que, venturosa,
Vi deslizarse en tu seno.
Adiós, Santander, te queda
Con tus encumbrados cerros,
Tu coronado follaje,
Tu melancólico cielo,
Tus noches de blanca luna,
Y tu mar ancho y soberbio,
Que cien naciones distintas
Arrastra a tu hermoso puerto.
Dios te guarde reclinada
Con indolente sosiego
A la sombra de los montes
Que alzan su cresta soberbios
Coronados por los árboles
Que el cuadro forman completo
De tu hermosura, y les sirve
De lejano fondo el cielo.
Queda en paz: y si en la noche,
Cuando duerme el marinero,
Cuando ni se oyen sus cantos,
Ni azota el agua su remo;
Cuando a gemir no se atreve
Entre las hojas el viento,
Por no turbar de tus hijos
El blando apacible sueño,
Oyes un débil suspiro,
Escúchale, es mi recuerdo.
Es la tierna despedida
De un agradecido pecho
Que a tu halagüeño hospedaje
Debió paz, calma y consuelo
Dando tregua a sus pesares,

Que ¡ay! por breve espacio huyeron.
Triste llegué a tus umbrales:
Si venturosa no vuelvo,
Se adurmieron mis tristezas
Mientras que viví en tu seno:
Por eso tu puro nombre
Pronunciará con respeto
El labio; nombre de amigo
Que llega en triste momento
Y nos ofrece amoroso
Ternura, calma y consuelo.
Adiós, Santander, te queda
Con tus encumbrados cerros,
Tu corona de follaje,
Tu melancólico cielo,
Tus noches de blanca luna,
Y tu mar ancho y soberbio
Que cien naciones distintas
Arrastra a tu hermoso puerto.
No te olvides de quien triste
Vino a ti y halló consuelo,
Que si las dichas pasadas
Viven en el pensamiento,
Si para el bien fugitivo
Dios nos otorgó el recuerdo,
Vivirán siempre en el mío
Los días que vi en tu seno
Deslizarse, y mis pesares
Adormecidos vivieron.
Por eso tu puro nombre
Pronunciaré con respeto,
Y adonde quiera llevarme
De mi aciaga suerte el viento,
Bendeciré tus montañas,
Tu melancólico cielo,
Tus noches de blanca luna,
Y tu mar ancho y soberbio
Que cien naciones distintas
Arrastra a tu hermoso puerto!

La caída de la tarde en el campo

Al contemplar el cuadro majestoso

Que hoy ante mí se ofrece,
Mi espíritu se eleva, se engrandece,
Y el corazón dichoso

Admira en él al Todopoderoso.

El céfiro que gime en la enramada,
El agua, que rugiendo
Y entre desnudas peñas descendiendo,
Forma espuma rizada
Por la inmensa corriente arrebatada;

El bosque umbrío, el valle de verdura,
El ruiseñor que canta,
El álamo que al cielo se levanta,
Todo alegre murmura
E infunde al alma plácida ventura!

¡Oh! dulzura del campo, siempre ajena
Del pesar y del dolo,
Que el bullicio del mundo guarda sólo;
Del corazón la pena
Das al olvido con tu paz serena!

Busque el bullicio en incesante anhelo
Quien dicha en él apura;
Yo busco en el retiro mi ventura,
Que en él extendiendo el vuelo
Y de este mundo me remonto al cielo!

Por eso siempre, de dolor ajeno
Tu recuerdo querido,
Calma del valle, llevaré escondido,
Y él conmovirá el seno
De tus recuerdos y dulzuras lleno.

En el álbum de una niña

No es verdad, niña hechicera,
Que en tu edad de dulce calma,
Atormenta ya tu alma
Desconocida inquietud;
Por qué sin cesar escuchas
Que perderás la alegría,
Cuando tu niñez un día,
De paso a tu juventud?
No te dicen de continuo
Que sólo en los tiernos años,
No hay que llorar desengaños,
Ni nos aflige el dolor;

Y mil pesares te auguran
En tu bella adolescencia,
Marchitando tu inocencia,
Que es hoy tu más bella flor?
Te engañan pobre alma mía!
Dios, que desde el alto cielo
Cubrió de galas el suelo,
Y el sol permitió brillar,
Y otorgó a la flor perfume,
Y a la luna su luz suave,
Y mágico acento al ave,
E inmensa grandeza al mar;
Al formar la criatura
Le dio un corazón dichoso,
Y su perpetuo reposo,
Conservar lo permitió:
Sólo, niña, aquel que deja
De la virtud el camino,
Trueca su feliz destino,
Pierde el bien que a Dios debió!

Mira esa cándida joven,
Junto a su madre velando,
Su santa misión llenando
Cual el ángel del deber;
Para su madre sonrío,
Para ella dicha procura,
Y esto, celeste ventura
Derrama en todo su ser.

Observa a ese noble anciano,
Cuyas tranquilas miradas,
De sus acciones pasadas,
Te revelan la bondad;
Y al ver que todos le admiran,
Le respetan, di con ellos:
«Bajo esos blancos cabellos
Reina la felicidad.»

Mira en fin, aquella dama
Que olvidando su hermosura,
Pasa una existencia oscura,
Sin pesares ni dolor;
Sonríe a su hija en los brazos,
Al tierno infante en la cuna,
Y no ansía otra fortuna
que los lazos de su amor.

Comprenda desde hoy tu alma
Que el ETERNO, en sus bondades,
La dicha a todas edades
Nos concedió disfrutar.

Sigue tú del bien la senda,
Y él te la dará fecundo...
Verás no es tan malo el mundo,
Cual te lo quieren pintar!

El calvario
Soneto

En la cima del Gólgota, enclavada

Se ve una cruz, y de ella un ser pendiente;
La majestad de Dios muestra su frente
Y la humildad del hombre su mirada:
En torno suyo muchedumbre airada
Le insulta y befa con furor creciente,
Apagando su voz triste y doliente,
Entre una y otra impía carcajada.

Dobla al cabo la faz... los ojos cierra...
Horrorizado se estremece el suelo...
Se nubla el sol... la multitud se aterra...
Inútil afán ya! Tardío duelo!
La muerte el Hombre-Dios sufre en la tierra,
Y nuestra Redención baja del cielo!

Una flor sobre un sepulcro
A la memoria de mi querida amiga C de M.

Escondida sepultura

Por cristiana cruz guardada,
Que hoy miro con amargura
Cárcel de quien su ventura
Tuvo en la ajena cifrada.

No extrañes si a ti al llegar
Mi débil planta vacila...
Memorias vas a guardar
Que con ánima tranquila
Nunca podré recordar.

Trémula a ti llegaré,
Por sólo un momento verte
Dichosa me juzgaré,
Y después con alma fuerte
Eterno adiós te daré.

Vengo a dejarte, una flor
Nacida en mi pensamiento,
De mi cariño al calor,
Que debió riego y sustento
Al llanto de mi dolor!

Flor ¡ay! del alma arrancada,
Que entre ventura nacida,
Debe caer deshojada
Sobre esta tumba ignorada
De una ventura perdida!

Quédate por siempre aquí,
Flor del pensamiento mío,
Y mis pensamientos di;
Que decirlos no confío
Que me deje el llanto a mí.

Emblema de mi dolor
Y a la par de mi ternura;
Ven a sellar, pobre flor,
Una memoria de amor
Que acaba en la sepultura!

Todas las flores que el viento
Mueve sobre las demás,
Vivirán solo un momento...
Tú, flor de mi pensamiento,
Siempre, siempre vivirás;

Diciendo a la que obtener
Supo en vida mi querer,
Que aún la amo tras de esa cruz,
Ya que nos dejó por ser
Junto a Dios ángel de luz!

Dos hermanos

De un templo en flotantes nubes

El incienso se elevaba,
Y puras preces llevaba
De los fieles a su Dios:
Y de una fragua cercana
Blanco humo también salía,
Y en los aires, parecía
Que se mezclaban los dos.
«Profano, el primero exclama,
Santa es la misión que llevo,
No te acerques, yo me elevo
Hasta el trono del Señor.»
Entonces, cual si bajara
Dulce voz del firmamento,
Se oyó evangélico acento
Que murmuró con amor:
«Uníos cariñosos los que subís al cielo,
Tú, fruto del trabajo y tú de la oración:
Ambos paz y ventura derramáis en el suelo,
Y ante Dios son hermanos los que en virtud lo son.»

Las minas
En el álbum de Dolores

Cava y cava el obrero en tierra dura,
Que en vergel convertida, tal vez fuera
Gala de la llanura,
Por si en su centro descubrir pudiera
Mineral rico que buscar procura,
Y más, ¡ay! la maltrata
Si en vez de cobre el minera es plata.
Así en el corazón, Dolores mía,
Cuanto es de abnegación más poderoso,
Las penas a porfía
En él practican más profundo foso,
Y le dan más tormento
Cuanto le ven más rico en sentimiento.
Tranquilo el tuyo está; y aún le avaloro
Más niña que a tu cara,
Que un ángel por la suya bien trocara:
Si un día, que ya lloro,
Busca el dolor las minas que en él guardes,
No en mostrárselas tardes,
Y sufre sin reparo;
Quizá en cada gemido
Irá envuelto el placer de un ser querido,

Y el corazón que es bueno
Halla su dicha en el contento ajeno!

Meditación

Cuando cierra sus pétalos

La flor embalsamada,
Y las nubes despiden
Vivísimo arrebol,
Y murmurando el céfiro
Oculto entre el follaje,
Parece que despide
Al moribundo sol;
 Y solitaria tórtola
Con canto dolorido
Comienza en el espacio
Sus quejas a lanzar,
Y un tinte melancólico
Se extiende por el valle,
Hasta que la alba luna
Le llega a iluminar...
 Hay un instante plácido,
De encanto misterioso,
En que respira todo
Indefinible amor;
Momento en que el espíritu
Encuentra a sus pesares
Dulzura misteriosa,
Consuelo bienhechor;
 Que cual celeste bálsamo
Mitiga los dolores,
Y la amargura calma
Del triste corazón:
Que en ese instante plácido
El alma se engrandece,
Y al trono de Dios llega
En ferviente oración!

Lo que piensan las niñas Balada

Un parlero ruiseñor,

Más curioso que atrevido,
Así decía, escondido

En el cáliz de una flor.
-Margarita, flor preciada,
Que naces para ofrecer
Confidente a la mujer
En su edad privilegiada:
Tú que les puedes mostrar
La clave de lo futuro
Y las niñas de seguro
No te ocultan su pensar:
No me dirás, Margarita,
Qué es lo que ocupa su mente,
Y su corazón latente
Poderosamente agita.
Cuando, simulando enojos
Tan dulcemente suspiran,
Y al par que ríen, se admiran
Las lágrimas en sus ojos?
Dime tú por qué razón
El carmín su frente baña,
Mientras su mirada empaña
Misteriosa turbación:
Por este afán no me riñas,
Y así te acaricien todas,
Si a decirme te acomodas
Qué es lo que piensan las niñas.
-Indiscreto pajarillo,
Que pretendes conocer
Lo que guarda la mujer
En su corazón sencillo,
En esas horas de encanto
En que, mintiendo dolor,
Lo cubre todo el amor
Con su misterioso manto.
Oye lo que saber quieres,
Y a nadie digas jamás,
Ya que tú a saberlo vas,
Lo que piensan las mujeres.
Piensan, al ver que a las flores
Se acercan las mariposas,
Que al hablar tan cautelosas,
Deben hablarse de amores!
Piensan, al ponerse el sol
Tras el lejano horizonte,
Y reflejar valle y monte
Tintas de vivo arrebol;
Cuando el céfiro murmura,
Cuando los pájaros cantan,

Y hasta el cielo se levantan
Los himnos de la natura;
Piensan, tras ellos en pos
Alzando su pensamiento,
Que es más dulce aquel momento
Porque en él se adora a Dios!
Piensan, si unos ojos bellos
Con atrevido mirar
Hace los suyos bajar,
Si mirara amor por ellos;
Y cuando bañan su frente
Los colores del carmín,
Es que el pensar ya da fin
Y que el corazón ya siente...
Ay! si al dejar de pensar
Y al empezar a sentir,
Quiere el corazón decir
Lo que la razón negar!
Terrible y mortal dolencia
Vendrá de esa lucha en pos...
Pero basta ya por Dios,
Basta ya de confidencia!
Ya sabes, ave parlera,
Puesto que saberlo quieres,
Lo que piensan las mujeres
En su tierna primavera.

Y la flor dejó de hablar:
Huyó el rruiseñor parlero,
Y lo contó hartito ligero
A otros mil sin vacilar.
Cuando hoy canta el rruiseñor
Con más cadencia y dulzura,
Es que aún recuerda y murmura
Confidencias de una flor.

La flor preferida

Hay siempre alguna flor, que sobre todas

Con sus colores nuestra vista halaga,
Cuyo perfume, si a nosotros llega,
Conmueve el alma!

No es la que vale más por más hermosa,
Ni la que más se estima por más rara,
La que en su cáliz detener consigue
Nuestras miradas.

Tal vez la florecilla de los valles
A quien natura rehusó sus galas,
Al corazón se ofrece con encantos
Mil adornada:

Que acaso entro sus pétalos sencillos
Algún recuerdo misterioso guarda,
Que nos infunde plácida alegría
O pena amarga.

Quizá con ella viven enlazados
Los hermosos recuerdos de la infancia,
Quizá en ella vertieron nuestros ojos
La primera lágrima!

Por eso sus matices encadenan
Con mágica atracción nuestras miradas,
Y nos parece si ella la perfuma
Más pura el aura!

Por eso preferimos siempre aquella
Que a nuestro corazón misterios habla,
Y por ella olvidamos otras flores
Aún mas preciadas;

Y cuando se aparece a nuestros ojos
Su sencilla corola perfumada,
Dulcísima emoción, vaga ternura
Conmueve el alma!

A una margarita

Margarita, Margarita,

La de la blanca corola,
La de refulgente cáliz,
La de recortadas hojas;
Tú que naces en el valle,
Vives del monte a la sombra,
Te asustas de los jardines
Y allá en la pradera moras;
¿Es cierto que eres, cual dicen,
Florecilla encantadora,
De los secretos del alma
Adivina misteriosa?
¿Es cierto que a ti las niñas
Te cuentan su amante historia,
Te confían los suspiros,
Y en ti la mirada posan,
esperando que les digas
En tu misterioso idioma,
Por qué de noche no duermen,

Y por qué de día lloran?
¡Ay! si es cierto que del alma
Penetras las fibras todas,
Si es cierto que leer puedes
Del porvenir en la sombra,
Contesta al corazón mío
Cuando suspirar le oigas,
Y cuál es la causa, dile,
Que su alegría le roba.
Margarita, Margarita,
La de la blanca corola,
La de refulgente cáliz,
La de recortadas hojas,
Haz que tu mágica ciencia
A mi corazón responda,
Si es cierto que eres, cual dicen,
Floreilla encantadora,
De los secretos del alma
Adivina misteriosa!

Ante el cadáver de un niño
Miradle! En sueño plácido

Parece que aún respira!
Aún en su boca espira
Sonrisa angelical:
Callad! No vuelva el hálito
Y en despertar violento,
Bajo del firmamento
Al mundo terrenal.

Bendice ángel purísimo
Del cielo los arcanos,
Vuela entre tus hermanos
Que habitan el edén;
No vuelvas ¡ay! al piélago
Que henchido de dolores,
Espinas da entre flores
Y el mal brindando el bien.

Dichoso! Cuando etéreas
Tus alas desplegabas
Y al mundo te acercabas,
Tu vida se cortó;
Y mecido por cánticos

De celestial dulzura,
Dios de la tierra impura
Feliz te arrebató.

Contén, madre, tus lágrimas:
Ve que bien más fecundo
No le otorgara el mundo,
Al hijo de tu amor;
Que acaso un día exánime,
Ya de luchar cansado,
Cayera desplomado
Cual tú por el dolor.

Que horrible fuera al férvido
Cariño de tu alma
Ver al hijo sin calma,
Sus ayes escuchar;
Y de mil duelos víctima
Para tu amor perderle...
Ay! Eso fuera verle
Muerto sin reposar!

Hoy tu corazón tímido
Halla abundoso llanto
Que alivia tu quebranto,
Calma tu padecer:
¡Ay de ti cuando atónita,
Por tanta desventura,
No hallara tu amargura
Lágrimas que verter!

Llora, que el llanto es bálsamo
Que Dios otorga al bueno
Que aún conserva en su seno
Santa resignación:
Deja que llanto pródigo
Vaya tu mal curando,
Y, al par cicatrizando
Tu herido corazón!

Mas calla! que el enérgico
Gemir de tu cariño,
Pudiera al tierno niño
Con su influencia herir...
Silencio! En calma déjale,
Domina tu quebranto:
Es ya tan feliz, tanto...

Déjale en paz dormir!

Contéplate entre célicas
Sagradas armonías,
Cercado de alegrías
Que le reserva Dios;
y en vez de ir a él indómita,
Ven, sígueme muy quedo,
Y di cual yo, sin miedo:
¡Adiós, ángel, adiós!

Una mariposa

Libre te contemplé un día

Luciendo espléndidas galas,
Batiendo alegre tus alas,
Entre la enramada umbría:
Castas flores a porfía
Te brindaban sus amores,
Los céfiros voladores
En sus brazos te llevaban,
Y nubes y sol te daban
Sus cambiantes de colores.

 Mi pecho, que nunca entrada
Dio a los instintos del mal,
Te vio, y con amor fatal
Te ambicionó aprisionada;
No hubo por lograrlo nada
Que mi astucia no intentó:
Otro más feliz que yo
Tu vuelo logró atajar,
Te supo al aire robar,
Y a mis plantas te ofreció.

 Largo tiempo tu hermosura
Bajo un cristal encerré,
Y en tu posesión cifré
Largo tiempo mi ventura.
Pensé guardarte segura,
Y hoy que en ti fijar me hiciste,
Y a mi memoria volviste,
Hice tu prisión quebrar,
Y al irte ¡ay Dios! a tocar
En polvo a mis pies caíste.

Muda, absorta, ni un lamento
Pudo mi labio exhalar:
¡Quién supo más que callar
Si hablaba alto el sentimiento!
Fuiste de mi pensamiento
Pura y risueña ilusión,
Y con cuanta más razón
Te creía sujetar,
Mas debías destrozar
Al huir, mi corazón.

Polvo, que eras mariposa
Y mariposa mi amor,
Ven de mi pecho al calor,
Sobre el corazón reposa,
Si ley, harto dolorosa,
Te creó para morir,
Y esa ley han de seguir
Contentos al mal ajenos,
Feliz yo, que en polvo al menos
Guardarte he de conseguir.

Sé tú emblema de ventura
De mis ilusiones bellas.
Ay! del que no halla en pos de ellas
Ni polvo en la sepultura!
Yo labraré a tu hermosura
Sepulcro en mi corazón,
Y ojalá que esa mansión
Nunca guarde otros despojos
Que éstos a que dan los ojos
Llanto de dulce emoción.

En el valle
A mi querida amiga C.

Quieres que a la corte vaya
Cuando de la corte vengo,
Que su bullicio a mi alma

Le da pena y no contento.
Esta soledad del campo
Tiene para mi más precio,
Que tiene para el Monarca
La posesión de su reino,
Para una hermosa sus galas,
Para una niña sus sueños,
Para soldado valiente
Sus victoriosos empleos,
Y promesas amorosas
Para enamorado pecho.
Dices que busco en el campo
A mi tristeza alimento,
Pero si es así, en buscarle
Muestra el alma tal empeño,
Que está la noche callada,
Está silencioso el viento,
Están las aves dormidas,
Dormidos están los ecos,
Y está despierto y velando
El corazón en mi pecho!
No canto mis alegrías
Ni lloro remordimientos,
Que en esta calma y reposo,
En este dulce sosiego,
Busco el preciado deleite
De mis propios pensamientos.
No valen las alegrías
Que el mundo da, y quita presto,
El susurro de la brisa,
De las aves el gorjeo,
De las flores el perfume,
De la aurora los reflejos,
De la tórtola el arrullo,
El brillar de los luceros,
Y la luz de blanca luna
Que, copiándose en su espejo,
Cinta de argentada plata
hace de humilde arroyuelo!
Aquí se siente y se reza
Cuando el resplandor incierto
Del sol, al morir la tarde,
Se oculta tras pardo cerro
Y natura entona el himno
Que va al trono del Eterno
Entre los ecos de bronce
De la religión acento!

Nada a tan plácido cuadro
Roba aquí su dulce efecto,
Y el que siente y en el valle
Se halla en instante tan bello
Tiene la rodilla en tierra
Y el espíritu en el cielo!
Dichosos los que así sienten
Y tanto gozan sintiendo,
Que para ellos hizo Dios
De natura los misterios.
Déjame que aquí me olvide
En indolente sosiego
De las dichas y las glorias
Que el mundo da, y quita presto,
Y que mi labio repita
Con el célebre maestro:
A mis soledades voy,
Con mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.

A Carolina Civili
Hecha expresamente para el Liceo Piquer.

La dulzura de la brisa

Cuando gime en la enramada
Misteriosa y perfumada,
La indefinible sonrisa,
De virgen enamorada;

Te trasmitieron su encanto
Para expresar la ternura,
Y para el furor y el llanto
Robaste al viento su espanto
Y a los mares su bravura.

La hermosura te formó
Con sus más preciados dones
El genio su luz te dio,
La gloria, entre los llamados,
Ha tiempo que te escogió.

Italia, cuna del arte,
Meció tu cuna en su suelo,
No puedes por Dios quejarte,

Si fortuna al expatriarte
Te trajo bajo mi cielo.

Que aquí, donde el sol se ostenta
Con igual belleza y calma,
El arte también alienta;
Ven, nuestros artistas cuenta,
Pues tienes de artista el alma.

Esta nación por su brillo
Hermana es de tu nación,
Que muestra en rico blasón
A Velázquez y Murillo,
A Lope y a Calderón.

Ven a pisar una escena
Fecunda en ricos despojos,
De gloriosos timbres llena:
Alza aquí mismo los ojos,
Tiende tu vista serena,

Y verás que siempre unidos
Cual los unió su fortuna,
Te saludan conmovidos
Entre otros cien ya perdidos,
Maiquez y la Rita Luna.

Ven donde casi respiran
Luna, Latorre, Guzmán...
Vivos sus triunfos están,
y a los suyos que aún se admiran,
Los tuyos se enlazarán.

Y para que mayor sea
La grandeza que atesora,
Aún como rica presea
Nos guarda el arte a Teodora,
Aún nos conserva a Romea!

Une a los suyos tu acento
Y lauros, flores sin fin
Tendréis, que según yo siento,
Para premiar el talento
A España hizo Dios jardín.

Ven aquí donde ha vivido
Siempre el arte, donde tiene

El genio altar merecido...
Aquel que artista ha nacido,
A España, a su patria viene!

Deja en tanto al corazón

Que, trémulo de emoción,
Una flor te ofrezca aquí:
En él creció, y para ti
Cortola mi admiración!

¡Caridad en favor del esclavo!

No es la gloria del vate ni el guerrero,
No es el valer del poderoso y fuerte
Lo que hoy despierta el ánimo altanero
Y la lira a pulsar logra que acierte.

Sentimiento más dulce, voz más santa
Impregnada de unción y de ternura,
Llega a decirme con misterio: «¡Canta,
Canta la Caridad, de Dios hechura!»

Caridad! Flor que naces entre abrojos
Y escondida el perfume al cielo elevas,
Llanto por riego pides a los ojos
Que en beneficios a los pobres llevas.

Lozana te crió mi suelo hermoso,
Do el corazón al sacrificio atento
Raya hasta el heroísmo en generoso,
Despierta a todo noble sentimiento.

Vuelve los ojos a la edad pasada
Y de mi patria a la brillante historia;
Verás en cada página grabada
Una acción de piedad, otra de gloria.

Si es mi España la España de Pavía,
La que hundió del Alarbe la arrogancia,
La que en Bailén en más cercano día
Venció al coloso y humilló a la Francia;

Si es la que con esfuerzo sin segundo
A Colón distinguió entre los humanos,
Y le dijo: «¡Descubre un nuevo mundo!
Trae a mi Religión nuevos hermanos!»

También es ésta la nación gloriosa
Que acorrió al desvalido con sus leyes,
Y muestra dando de humildad piadosa,
Quiso llamar Católicos sus Reyes;

Y colocó a sus hijos en el pecho
La santa cruz que hermanos los aclama,
Y con tan noble enseña, su derecho
A sostener volaron y su fama.

Y cuenta damas de tan gran valía,
Que, prontas siempre a todo noble empeño,
Aún dicen a la ardiente fantasía:

«¡No hay, con hijas así, pueblo pequeño!»

Si buscamos aquí la mujer fuerte,
Berenguela, Isabel, doña María,
Con los cien hechos que su historia vierte
En gloria envuelven a la patria mía.

Patente ejemplo de humildad cristiana
Muestra Casilda en su ferviente celo:
Su ofrenda se tornó rosas de grana,
Mientras su caridad la eleva al cielo!

Antorcha de la fe Santa Teresa,
Las oraciones del cristiano goza;
Si en mártires Sagunto hizo gran presa,
Heroínas nos presta Zaragoza.

Oh! Nación donde tal valor alcance
De la mujer la noble ejecutoria,
Empresa a que ella con ardor se lance,
Emblema lleva ya de la victoria.

Una noble, cual no lo fue ninguna
Que con el nombre de mujer se hermana,
Hoy la llama; si no contesta alguna,
Ésa no es española, ni es cristiana.

En las madres no más los ojos fijos,
Espere libre ser quien gime esclavo...
Ellas, que libres quieren a sus hijos,
Vencer sabrán la esclavitud al cabo!

Madre, si dentro tu hogar,
Templo de castos amores,
Donde hizo el Señor brotar
De tu cariño las llores
Que el otoño no ha de ajar;

Donde reside el esposo
Que libremente elegiste,
Porque ventura y reposo,
Bien y mal, con amoroso
Corazón con él partiste;

Bajo el techo do aún respira
Tu madre y respeto alcanza,
Y cuando el alma suspira,
Tierno hijo a ti se abalanza

Y en sus labios tu ¡ay! espira;
Si ante esa flor celestial
Que es de tu hogar alegría,
Y en su bondad paternal
Dios para consuelo envía
Al desdichado mortal,
Te acuerdas de los que, hijos
Del tormento en las cadenas,
Sufren dolores prolijos,
Y hasta les roban los hijos
Que son sangre de sus venas;
Con cuánto afán, madre amante,
Palpitante de emoción,
Besarás al tierno infante!
Cómo, aún viéndole delante,
Temblará tu corazón!
Oh! ¡qué no alcance en su edad
De inocencia y de tersura,
Que guarda la humanidad
Bajo su apariencia pura
Manchas de tal fealdad;
Que con el látigo armada
A sus hermanos ofende,
Y de sí propia olvidada,
Al hijo en los brazos vende
De su madre desdichada!
Ay! ¡si cual madre piadosa
Al dejar tu hijo en el lecho,
Haces sus labios de rosa
Que devuelvan a tu pecho
Con voz tierna y candorosa
La oración que eleva el alma
Hasta la celeste altura,
Haciendo dormir en calma
Al que en su conciencia pura
Busca de su bien la palma;
No le digas, madre, no,
Que aquella oración cristiana
Que su labio pronunció
Y con su razón temprana
Su alma hasta el cielo elevó,
Se ofrece al Dios de bondad
Que, antorcha de eterna luz,
Fuente de clara verdad,
Redimió a la humanidad
Enclavado en una cruz!
Que es fácil que de aquel labio

Que el candor tan sólo mueve,
Y eco del tuyo ser debe,
Suba hasta Dios un agravio
Si a preguntarte se atreve:

«Y dime: ¿no redimió
A esos hombres cual nosotros,
Que esclavos papá llamó?
¿Dijo Jesús que a éstos no
Al redimir a los otros?»

¡Oh, madre, madre cristiana!
¿Qué responder tu razón
A esa pregunta profana
Que de pedazos emana
De tu propio corazón?

Busca al menos el consuelo
De poderle responder
A ese ángel que habita el suelo,
Que a todos con su poder
Hermanos nos hizo el cielo;

Que sólo la humana grey,
Por su osadía impulsada,
Holló la divina ley,
Y por su orgullo arrastrada
Hizo al esclavo y al rey,
Y si puedes añadir
Que tú, aunque débil mujer,
Por libre al esclavo ver
Y al cautivo redimir
Quieres tu óbolo ofrecer;

Ante ese niño a quien guías,
Y ante el Dios a quien adoras,
Comprarás las alegrías
Que embellecerán tus días,
Santificarán tus horas:

¡Que es el bien ante los dos
Germen de fortuna cierta!
¡De la caridad en pos,
Ángeles abren la puerta
Que nos conduce hasta Dios!

¡Oh! sí, toca a este siglo, toca a España
Borrar tan fea mancha de su nombre;
No conserva ¡oh rubor! nación extraña
La inicua ley de esclavitud del hombre.

Atentas sólo al nacional decoro,
Delitos del error todas suspenden;
Y en más teniendo la razón que el oro,

Al hombre ni le compran ni le venden.

¡Y España, la que supo poderosa
Lograr, cual nunca de su honor avara,
En este siglo tanta acción gloriosa,
Tal borrón ella sola conservara!

¡No, jamás! Es hidalga y es clemente;
Justicia, rectitud y amor proclama,
Y dará protección al inocente
Aumentando los timbres de su fama.

Ella sabe tender su noble mano
Al que afligido su piedad implora,
Y socorriendo al débil y al anciano,
Dar madre al niño que a la suya llora;
Y levantar con entusiasta anhelo
Monumentos de ciencias y de gloria,
Que, descorriendo a su grandeza el velo,
Hacen al par eterna su memoria.

Sí, que los años pasan, las edades
Se borran y los siglos se suceden;
Mas los hechos que ensalzan las ciudades
Los años pasan y borrar no pueden.

Por eso este período de su gloria
Pasará a las edades venideras:
Ella supo trazar su propia historia
En páginas brillantes, duraderas.

Dicen unas en piedra: Arquitectura;
Otras en bronce dicen: A la ciencia;
Otras en ríos de oro: Agricultura;
Otras con santo amor: BENEFICENCIA.

Ésta sólo, legítima victoria
Ante los buenos y ante Dios alcanza:
La ciencia y el valer nos da la gloria!
La caridad al cielo el alma lanza!

Nunca mayor la concibió el anhelo
Que al hombre dar la libertad hermosa;
Hecho noble que honor dará a este suelo
Y el contento a toda alma generosa.

Que salvar tristes víctimas sin cuento
Es honra y prez del corazón cristiano,
Del corazón, que a su doctrina atento,
Al hombre llama prójimo y hermano.

La mujer, ese ser dulce y piadoso
Que con llanto consuela, sufre y reza,
Y cuyo eco sentido y cariñoso
Vencer logra del hombre la entereza,
Llore y suplique porque santa aurora

Luzca de libertad para el esclavo...
Qué no consigue la mujer que llora!
Qué no alcanzan sus súplicas al cabo!
 Legítima y cumplida recompensa
En sí hallará de acción tan generosa,
Y le darán felicidad intensa
La gratitud del hijo y de la esposa.
 Y un más allá que excede a todo anhelo
Le espera en mundo de eternal ventura:
A los buenos su bien los guarda el cielo!
La piedad nos conduce hasta el altura!
 Que quiso Dios el alma pecadora
Guiar hasta su trono soberano,
Y escribió, como enseña protectora
Sobre la senda, CARIDAD, su mano!

El Cristo de Villarejo

Leyenda del siglo XV

- I -

 Hay en el vasto contorno
De la provincia de Ávila,
Un pequeño pueblecillo
De una colina a la falda
Que Villarejo del Valle
Se nombra, y al que dan fama
Los Condes del nombre mismo
Que en ella su origen hallan,
Y alto castillo feudal
En su recinto levantan.
No se halla en él labradora
Más apuesta y más galana
Que la gentil Mari-Ramos
Hija de Pero de Gracia.
Ni hay ojos que más deslumbren
Bajo la toca nevada,
Ni boca que más provoque
Al trastorno de las almas,
Ni talle más torneado
Con el justillo de grana,
Ni pie que más bello asome
Por entre la burda saya.
Fuera Mari-Ramos digna

Por su hermosura galana,
Su candorosa inocencia,
De otra fortuna más alta;
Mas como si Dios quisiera
Que porque más resaltaran
Sólo belleza y virtudes
Fuesen sus únicas galas,
Pobre nació, único vástago
De quien la tierra que labra
Sus frutos no ha de ofrecerle
Aunque el sudor suyo empapa.
Tierra es del conde D. Sancho,
Señor de aquella comarca,
Con merced de horca y cuchillo
Sobre la gente villana,
Que no por ver estas muestras
De su castillo a la entrada
Por rendirle vasallaje
Unos a otros se adelantan,
Que vale el conde D. Sancho
Por la nobleza del alma,
Más que valen sus escudos
Y riquezas heredadas;
Que si éstas le dan derechos,
Pechos aquélla lo gana.
No hay pobre que no le adore,
Ni vasallo que no alzara
Su voz proclamando serlo
Del que mercedes derrama
Sobre el pobre, el afligido
Y el que a su piedad se ampara.
Vive Ramiro, vasallo
Del Señor de la comarca,
Que de vasallo nacido
Al vasallaje le llama.
Cinco lustros sólo cuenta
El buen Ramiro de Azara,
Y es apuesto cual ninguno,
De alma fuerte y mano airada,
Torpe para humilde esteva,
Fuerte para ruda lanza.
Cautivo vive en los ojos
De Mari-Ramos de Gracia,
Y es fama que no le escucha
Sin agrado la villana,
Cuando una tras otra copla
Ramiro, a su puerta canta,

Y en más de un sitio los vieron
Platicando en voz tan baja,
Que aún el viento no murmura
Por escuchar sus palabras,
Y ni el viento a saber llega
Lo que se dicen sus almas.
No va con el cantarito
Mari-Ramos a por agua,
Sin ir a rezar al Cristo
Que está en la ermita cercana;
Si bien la gente murmura
Que es de tal devoción causa
El buen labriego Ramiro
Que cerca el arado arrastra.
Murmuradora es la gente,
Y en murmurar anda osada,
Que si ante un Cristo se citan
Dos almas enamoradas,
Es que vivir apetecen
De Cristo bajo la guarda,
Y respetar se debiera
Amor que a Cristo se ampara.

- II -

Aguarda al morir la tarde
Al pie de un álamo viejo
Que muy cercano a la ermita
Le da sombra y nombre a un tiempo,
Que ermita llaman del álamo
Aún más que de Villarejo,
La villana Mari-Ramos
Más hermosa que el sol bello.
Breve rato ha que aguarda
Después de acabar sus rezos,
Cuando un mancebo se acerca
Diligente con extremo,
Y al verle llegar la joven
Clava su vista en el suelo.
-Mi María, mi señora,
Con enamorado acento
Dice Ramiro, posando
La vista en su rostro bello.
Nunca tan dichosa el ave
Es al ver a sus hijuelos,
Ni la flor al recibir
De la aurora el casto beso,

Como yo cuando a tu lado,
María gentil, me encuentro.
Bendito tu corazón
Que dio al mío justo premio!
Bendito Dios que nos da
Para querernos, aliento!
Mas qué tienes tú, mi vida,
Que con ademán suspenso
Ni cual sueles me sonríes,
Ni respondes a mi acento?
-¡Ay mi Ramiro! murmura
Con triste amoroso eco
La gallarda labradora
Del Valle de Villarejo:
Siento pesar en el alma,
Sin saber porqué le siento;
Pero hoy mi padre no envía
Granos de oro al raudo viento,
Que al castillo del buen Conde
No ha mucho partir le hicieron
Órdenes de su señor
Que acatar es lo primero.
No sé porqué este mensaje
De temor llena mi pecho.
-No temas, si de mi lado
No te arranca el hado adverso.
-Mi Ramiro!...

-Mi María!...

Me quieres?

-Que si te quiero!

-Calla, que lo sé, bien mío,
Harto en tu rostro lo leo!
Y si no ¿por qué al mirarme
Bajas los ojos al suelo,
Cual si al mirarme quisieran
Revelar dulce misterio,
Que de los dos en el alma
Vive escondido hace tiempo?
Por qué cuando en mí te fijas
Confuso mis ojos cierro,
Cuando mirarme en los tuyos
Fuera mi mayor anhelo,
Por si en ellos se retratan
Escondidos pensamientos?
Por qué te hallo suspendida?
Por qué a mi vez me suspendo?
Es que no encontramos frases

O no las busca el deseo,
Por qué aunque estamos callando
Callando nos entendemos?
Ay! benditos los instantes
En que dos así suspensos,
Cuando palabras les sobran
Confusos guardan silencio.
Jamás tu labio me diga
Palabras, que puede el viento
Llevarse por el espacio
Si no las guarda tu seno;
Que por muy dulces que sean,
Han de decir mucho menos
Que lo que dicen tus ojos
Con sus miradas de fuego.
-Mi Ramiro!

-Mi María!...

No siente crecer tu pecho,
Por ventura de los dos,
Este amor que es mi embeleso?
Dime que el tiempo le aumenta,
Dime que no cede al tiempo.
-Ceder? si sólo son vivos
Cuando nacen los afectos,
Nace el tuyo cada día
En el fondo de mi pecho,
Según cada día grande
Más que el anterior le siento.
¡Acaso de Dios las obras
Nacer cada día vemos,
y ves que siempre nos dejan,
Siempre, el ánimo suspenso?
Desde el instante en que abriste
A la luz tus ojos negros,
No viste en el valle flores
Con cien matices diversos?
No recibiste del aura
Los embriagadores besos?
No admiraste de la luna
El brillar dulce y sereno,
Y allá, en la callada noche
Estrellas mil en el cielo?
y sin embargo, esas flores,
De la luna los reflejos,
El suspirar de la brisa,
El brillar de los luceros,
Hubo un instante, uno sólo,

Que al admirarlos de nuevo
No impresionaran tu espíritu,
No conmovieran tu pecho?
Pues así, así de tu labio
Los misteriosos acentos,
Así la ignorada magia
De tus miradas de fuego.
Nuevas siempre al alma mía
Turban del alma el sosiego;
Encadenan mis palabras
Y embotan mi pensamiento.
Ay! siempre nueva tu imagen
Más y más grabo en mi pecho,
Y nueva siempre la admiro,
Como nuevas siempre creo
Las flores que ornan el valle,
Del aura el suspiro tierno,
La luz de la blanca luna
Y las estrellas del cielo

- III -

Aquí del dulce coloquio
Los enamorados llegan,
Cuando su plática cortan
Pasos que de cerca suenan.
Vuelven entrambos los ojos,
Y ven que hacia ellos se acerca
Un anciano, que azorado
Quiere llegar con presteza,
Cual si olvidase sus años
Por dar quizá faustas nuevas.
-Padre, murmura la joven,
Adelantándose inquieta,
Por qué en vuestro rostro advierto
De agitación claras muestras?
¿Quizá señor incurristeis
En falta por vez primera,
Y por vez primera, falta
Al buen Conde la clemencia?
Hablad, que se halla mi alma
De vuestros labios suspensa.
-¡Ojalá fuese una falta
Motivo de mi tristeza,
Que, piadoso mi señor,
Nunca su rigor emplea
Contra el que leal vasallo

Delinque por vez primera!
Nuevas bien dichosas son
Las que traerte me ordena,
Mas por serlo tan dichosas
Atada tienen mi lengua,
Que temo que con su dicha
Labren tu desdicha eterna.
-Padre!

-Señor!... de Ramiro

Murmura torpe la lengua,
Hablad, de una vez sepamos
Si vida o muerte la espera.
-Llamome el Conde, cual sabes,
Con su paje, y con presteza
Al mensajero seguí,
Cual vasallo que desea,
A la orden de su señor,
Oponer la diligencia.
Paso el puente me ofreció,
Que hizo jugar sus cadenas,
Y puse mi débil planta
En la señorial vivienda.
Crucé salas, cuyas tapias
La vista busca y no encuentra,
Bajo armas y coseletes,
Bajo venablos y flechas,
Bajo cabezas y pieles
De jabalíes o ciervas,
o bajo retratos, todos
De mirada tan severa,
Que a reñirme parecía
Que todos se dispusieran,
Por haber puesto mi planta
Donde ellos la faz conservan.
Entré a un camarín, do el Conde
Sentado junto a una mesa
De púrpura revestida,
Y apoyando la cabeza
En el sillón que sus armas
Coronan con noble enseña,
Me aguardaba para darme
Tan inesperadas nuevas.
Nunca su rostro animó
Expresión más placentera,
Ni el dictado de, buen Conde,
Mejor le otorgó mi lengua.
«Pero, dijo, dar resuelvo

A mis estados Condesa,
Señora y dueña a mi casa,
y a mi vida compañera.
Esposa elegir podría
De grande alcurnia y riqueza,
Que por sus timbres valiese
Tanto como por sus prendas.
Yo, sin embargo, que en poco
Tengo las glorias ajenas,
Porque juzgo que las propias
A más de diez honor dieran;
Esposa humilde elegí,
y del Rey tengo licencia
Para elevar hasta mí
La que ya en mi pecho reina.
No adivinas en quién puse
Los ojos y el alma entera?»
«No, murmuré, mas dichosa
Debe llamarse la sierva,
Besando el polvo que pisa
Su señor, que a tal grandeza
La levanta compartiendo
Con ella nombre y riqueza.»
«Dáme entonces, Pero, albricias,
A tu hija Mari las lleva
Que quien vive hace ya tiempo
En mi corazón, es ella:
Ve, mi resolución dile,
Que yo te sigo de cerca.»
Y aquí me tenéis, añade
El anciano con tristeza,
Primer portador, sentido
De aportar dichas nuevas.

Sin saber lo que les pasa,
Mudos, con el alma yerta,
Los dos jóvenes le escuchan
Sin que un ¡ay! su alma conmueva.
Breve pausa entre los tres
Por unos momentos reina.
Míranse Mari y Ramiro,
Con mirada tan intensa,
Que salir parece el alma
Entre la mirada aquella.
-¡Mi María!
-¡Mi Ramiro!
-¿Qué harás?

-Morir, que esto es fuerza;
Pues poder y amor unidos
En separarnos se empeñan.
-¿Sabe el Conde nuestro amor?
-Y aunque acaso le supiera,
Por un vasallo, su gusto
Quieres infeliz que tuerza?
-¡Ah, bien dices! ¡el señor
Manda, el vasallo ni aun piensa!
Su ley es obedecer,
Contra el señor no hay defensa,
Y si un capricho lo arrastra...
-Detén, mancebo la lengua,
Que ni mi gusto es mi ley,
Ni el ser vasallo tu mengua!
Mudos los tres se quedaron
Ante estas frases severas,
Que del Conde su señor
Les revelan la presencia.
Baja María los ojos
Que abundoso llanto ciegan
Pero de Gracia murmura
Súplica sentida y tierna,
Y Ramiro, en cuyos ojos
El enojo se revela,
Ni excusa busca, ni cede
En su mirada altanera.
El buen Conde contemplando
Expresiones tan diversas,
Con ademán mesurado
Prosigue de esta manera:
-No es hoy la primera vez
Que en una doncella mesma,
Señor y vasallo cifran
Amor, dicha y existencia.
No sé a lo que otro osaría
Si en mi lugar estuviera,
Sé lo que a mi hacer me toca,
Y en ello mi honor se empeña:
Si tú a Mari-Ramos quieres,
Mi única ventura es ella,
y ni es justo tu cariño
Atropellar con mi fuerza,
Ni, porque soy tu señor,
He de dejarte la prenda
Que a mi igual disputaría
Cuerpo a cuerpo en lid sangrienta.

Preste aquí, pues, la razón
Contra la pasión defensa!
Dispuesto estás a luchar
Sin sacrificio y sin tregua,
Por llegar a merecer
Lo que hoy la suerte te niega?
-A luchar, y hasta morir,
Si no triunfo en la contienda,
Que es Mari-Ramos mi vida
Y ésta la pierdo al perderla!
-Basta, desde hoy en olvido
Queden arado y esteva,
Y en busca de medro o muerte
Parte Ramiro a la guerra.
Cuando vuelvas más honrado
Y espada manejar sepas,
Con las armas en la mano
Me disputarás tu prenda,
Haciéndote yo un honor
Que nunca soñar pudieras.
En las Cortes que en Medina
D. Juan ha poco tuviera,
Dineros y hombres nos pide
Para rechazar sin tregua
A Navarra y a Aragón
Que, con airada insolencia,
En vez de estarse en las suyas
Se meten por nuestras tierras.
A enviar voy cien jinetes
Al frente de mi bandera.
Parte con ellos; un plazo
Fija tú para tu vuelta,
Y si al cabo de él no vienes,
Dueño de más altas prendas
Mari-Ramos vendrá a ser
De mis estados Condesa.
-¡Oh, señor, a vuestras plantas
Dejadme besar la tierra!
-Alza.

-Viva mi señor.

-¡Bendita tu piedad sea!
Murmura la casta joven
Con tímida y torpe lengua.

-Basta ya, fijad un plazo...

-¡Dos años!

-Cuando ellos vengán,
No vengas, aquí Ramiro

Por tu ya perdida prenda,
Que a fuer de buen castellano,
Te juro no he de cederla
Ni a los ruegos, ni al cariño,
La osadía ni la fuerza;
Hoy es tu propia humildad
Quien vence mi resistencia!

- IV -

Todos los nobles acuden,
y a D. Juan II acorren,
Que aprestos para la guerra
Con nuevo brío dispone.
Todos compiten a una,
Y hacen que su esfuerzo asombre:
Todos arman los jinetes
En los que encuentran más dotes,
Para que sus estandartes
Más campo adentro tremolen.
Ya en torno de su castillo
El conde D. Sancho oye
El relinchar de los potros,
Los pífanos y atambores,
El chocar de los arneses,
El piafar de los bridones,
El tumulto de cien ecos
Que a otros cien ecos responden,
Ya con tierna despedida
Ya con belicosas voces,
Del claro sol en los cascos
Reflejan los resplandores,
Y en las cotas y en las lanzas
De los bravos campeones,
Que detrás de la celada
Rostro juvenil esconden,
Y detrás de cada malla
Un pecho henchido de amores.
Dichoso el que con victoria
A los patrios lares torne!
¡Ay de aquél que con la muerte
Su noble empresa corone!
De uno en su andar agitado
La impaciencia se conoce,
Que quizá al partir más pronto
Volver antes se propone.
Brillante arnés cubre el pecho

Que, palpitando de amores
Bajo la parda bayeta
Dejaba sentir sus golpes,
Y espuelas ornan los pies
Que vistieron hasta entonces
Calzas, y casco con plumas
Completa su marcial porte.
Aún más lucido ropaje
En el corazón vistiose,
Que el amor y la esperanza
Con sus risueños colores
Para cubrirle de galas
Se han puesto entrambos conformes.
Ya se ordenan los jinetes,
Ya se presenta el buen Conde,
Ya por todos los semblantes
Rebosa ardimiento noble,
Y amor patrio, afán de gloria,
Todos los pechos esconden.
Torna el Conde la bandera
En que va escrito su nombre
En seis vistosos cuarteles
De matizados colores,
Que así escribirle supieron
En todo tiempo los nobles,
Y así el del Conde trazaron
Ilustres progenitores.
La toma, y de sus jinetes
Al frente, dice el buen Conde:
-Aquí lleváis, mis valientes,
De cien caudillos el nombre,
La fama, el blasón, la gloria
Que no empañaron traidores.
Aún sus hechos resplandecen
Cual luz de otros tantos soles,
Y aún alienta su memoria
En los bravos corazones;
No temo que la ultrajéis,
Pues vuestros pechos esconden
Noble sangre castellana
Que la traición desconoce;
Mas aquel que de vosotros
Más brioso al campo corre,
A esta enseña con su brazo
Mástil glorioso le otorgue.
Cien ecos contestar quieren
Y ofrecerse se proponen,

Cuando un jinete, de un salto
Del corcel las filas rompe,
Y junto al Conde llegando,
Pide ser el que tal logre.

-¿Tú, Ramiro?

-Mi señor...

Coronad vuestros favores,
Dejando que esa bandera
Mis nobles hechos pregone.

-Tómala, pues, y no olvides
Los deberes que te impone.

-Conmigo volverá honrada
Al campo de mis mayores,
O mi sudario glorioso
Será en la guerra, buen Conde!

Vivas a D. Sancho suenan,
Vivas a D. Juan responden,
Y difundiendo en los aires
Los pífanos sus acordes,
Por los campos de Castilla
Se alejan los escuadrones
Que de Villarejo ilustre
Van a sostener el nombre
Contra los aragoneses,
A los que batir dispone
El Rey D. Juan, el segundo
Que hubo España de tal nombre.

Fama, del Rey alcanzaron
Los castellanos pendones,
Contra Aragón y Navarra
Que mutuamente se acorren.
En cien gloriosos encuentros
Los guerreros, que del Conde
De Villarejo sostienen
En la guerra fama y nombre,
Airosamente supieron
Sacar su glorioso escote;
Mas la batalla de Olmedo,
Cara por su mal costoles,
Que muchos ¡ay! con la vida
Sellaron su arrojo noble;
Y Ramiro, que una lleva
Y otra bandera arrancole
A un enemigo, cercado
Se ve por número doble...
Lucha, pelea... vencido

Casi está el valiente joven...
Pasar hace sus banderas
A mano segura entonces...
Y con nuevo brío arrostra
Del combate los furores.

...

Nadie volvió a saber de él,
Y muerto, o entre prisiones,
Quedó el valiente guerrero
Que con tal brío portose,
Añadiendo un nuevo timbre
Al nombre de sus señores.

- V -

Todo son fiestas y galas
De Villarejo en la villa,
Todo algazara en los rostros,
Todo júbilo ha tres días,
Que esos hace que el buen Conde
Su ventura apetecida
Cumplirse ha visto, llevando
Al altar a su María.
Con grandes fiestas el Conde
Tal ventura solemniza,
Y aún más con sus beneficios
La celebra y la publica,
Que en la de los otros, halla
El pecho hidalgo su dicha.
Festeja a la par también
La victoriosa venida
De los bravos campeones
Que, término a las fatigas
De la guerra dan, volviendo
Con natural alegría
Al campo de su señor
A quien todos ver codician,
Y recibir de él el premio
De su valor e hidalguía.
Triste los miró alejarse!
Más triste los ve María
Cuando cumplidos dos años
A sus hogares volvían,
Y Ramiro, que fue entre ellos,
Entre ellos ¡ay! no venía!
Todos sus brillantes hechos
Con lengua franca atestiguan,

Todos arrancar le vieron
La enseña a mano enemiga;
Mas ninguno desde entonces
A Ramiro visto había,
Y eso que D. Juan Segundo
Prometió en su alta justicia
Mercedes y señoríos
A quien, en su mano altiva,
Humilló a la castellana
La aragonesa divisa.

Lágrimas riegan las galas,
Por las que trueca María
Su justillo y burda saya,
Su toca y su monterilla;
Mas, aunque triste y llorosa,
Jamás se vieron unidas
A preseas más preciadas
Belleza más peregrina.
Paño de Flandes bordado,
Traje que en la tierra frisa,
Su talle ciñe, el que cubre
Manto de grana finísima.
Toca de perlas mantiene
Su cabellera cautiva,
Y collar con tres patenas,
Con Jesús, José y María,
Adornan con ricas piedras
Su garganta alabastrina.

Galán el conde D. Sancho
Junto a la novia camina,
Pero más que con sus ropas,
Se engalana con su dicha,
Que son sus ojos ventanas
Donde asoma la alegría,
Rebosando de su pecho,
Do estar no sabe escondida.
El primer día recorren
En brillante comitiva
Los hogares más humildes
Que en todo el condado había,
Dejando en ellos los dones
Que su caridad les dicta,
Para que todos celebren,
Sin clases ni jerarquías,
El día en que su señor
Cumplir ha visto su dicha.
El segundo, al monte acuden

con monteros y jauría,
Que es de todos los placeres
Que el Conde tiene en estima,
El que le aficiona más
La caza de montería.
En bella alazana blanca
Con bordada mantellina,
La Condesa iba con ellos
Cual reina de la partida,
Y al recibir los trofeos
Que a sus pies todos rendían,
Mal la sonrisa sus lágrimas
Disimular pretendía.
Para el tercero, el buen Conde
Las justas dispuesto había:
Se ve la plaza cercada
y no lejana a la villa,
Y en ella el estrado alzado
Y engalanado se mira
Con ricos paños de Flandes,
Y adamascadas cortinas,
Desde el cual entrambos cónyuges
El torneo presidían.
Mantenedores del campo,
Cinco jinetes en fila
Se ven, los más esforzados
Que al Monarca de Castilla
Secundaron en Simancas,
Olmedo y otras cien villas.
Da la señal el rey de armas:
De dos el valor se admira,
Que, calada la visera,
Adarga con mote encima,
Malla ajustada en el cuerpo
Y en la diestra lanza en ristra,
Se encuentran en su carrera
Valerosa y atrevida.
Salta una lanza en pedazos,
Espadas desnudas brillan,
Y a los primeros reveses
Uno en tierra cae sin vida.
Tocan seña, y un segundo
Toma carrera, y aprisa
Consigue de su contrario
Volar la lanza hecha astillas.
Ya la victoria por éste
Iba a quedar decidida,

Cuando caballo y jinete
Ruedan por la arena fina,
Quedando al fin el primero
Con la victoria y la vida.
Todos los cuatro vencidos
Caer los ve en buena liza,
Y ya a recibir el premio
Ya con expresión altiva,
Cuando la señal anuncia
Nuevo adalid, que al oírla,
La valla del campo salta
Con arrogancia atrevida.
Las negras plumas del casco
Amoroso el viento riza,
Férrea malla de su cuerpo
Los contornos modifica,
Y en la adarga que presenta,
Y la muchedumbre admira,
Lleva este lema, que forma
Del encubierto divisa.
No lidia para vencer
Quien sólo morir codicia
Reñida fue la contienda;
Dos veces se inutilizan
Las armas, y otras dos veces
Otras piden, y ambos lidian.
Por fin el recién llegado
Las victorias conseguidas
Suyas hace en un momento,
Dejando a sus pies vencida
La mano que consiguiera
Cuatro victorias seguidas!
 Bravos y aplausos el viento
En sus alas difundía,
Y tímido el caballero,
Quizá con alma sentida
Por la victoria alcanzada,
A avanzar no se atrevía,
Ni a tomar la roja banda
Que tiene hartos merecida.
Tan tímido para el premio
Cuanto audaz es en la lidia,
Trémulo ante la Condesa
Llega y dobla la rodilla,
Y al tomar la banda roja
Con mano trémula y fría
Triste gemido se escapa

Por la celada bruñida,
Y dos lágrimas rodando
Por su tostada mejilla,
Dejan al besar la banda
En ella dos manchas vivas.
Siente entonces la Condesa
Emoción desconocida,
Levántase del estrado,
Vuelve a su castillo aprisa,
Y todas sus camareras
Cuentan al siguiente día,
Que el lecho de su señora
Intacto encontrado habían,
Mientras que a cuantos los ven,
Sus ojos rojos decían
Que las dos ardientes lágrimas
Que en la banda visto había,
El manantial de las suyas
Descubrieron por desdicha.

- VI -

No durmió, no, la Condesa,
Ni su rostro de marfil
Descansó sobre la almohada
Aquella noche, en que fin
Dieron las fiestas dispuestas
Por su himeneo infeliz.
Asomada a la ventana
Del severo camarín,
Ayes da al viento, que juega
Con su cabello sutil.
De repente, al pie del muro
Parécele distinguir
Sombra que se va acercando,
Y al cabo se para allí.
Dulce música de cítara
Alcanza su oído a herir
Y voz dulce y lastimera
Que evoca recuerdos mil
En su pobre pensamiento,
Y hace el corazón latir,
Lleva hasta ella este romance
Que hace sus dichas morir.

«Dicen los que te conocen,
Los que viven junto a ti,

Los que observan tus acciones,
Que no te acuerdas de mí;
Y al mirarte yo, señora,
El torneo presidir,
Junto a quien supo matarme
Sin dar a mis males fin,
Y ni mi lanza se escapa
Ni se dobla mi cerviz,
Ni sobre la arena ruedo
Falto de aliento viril,
Juzgo que verdad afirman
Los que afirman por ahí,
Que ni yo de ti me acuerdo
Ni tú te acuerdas de mí.
¿Mas por qué al tocar mi mano,
Temblar la tuya sentí,
Y las rosas de tu cara
Tornarse de nácar vi?
¿Por qué entre las mil venturas
Sueño realizado al fin
Con que te brinda la suerte,
Sueles triste sonreír,
Y entre la oración suspiras,
Y hasta en el mismo festín
El llanto empaña tus ojos
Si no te acuerdas de mí?
¿Por qué yo, que hace dos años
Tus ecos de amor perdí,
En todas mis impresiones
Vuela mi mente hacia ti,
Y ni en medio del combate
Ni de agitado dormir,
Desechar puedo tu imagen,
Que está siempre, siempre aquí?
Ay! en tanto que a los dos
No nos llame Dios a sí,
En tanto que nuestro pecho
Sienta el corazón latir,
Hasta que el último sueño
Ponga a nuestra vida fin,
Viendo al par de la existencia
Nuestras desdichas morir...
Yo, murmuraré tu nombre!
Tú, te acordarás de mí!!»

Entregados estos ayes
Al viento que huye sutil,

El trovador aquejado
Pártese presto de allí.
Síguele de la Condesa
La vista fija y febril,
Y ya verle no podía
Y aún le ven sus ojos ir...
Y viéndole todavía
La aurora la encuentra allí!
Vístese ropas de luto
Y dispónese a salir,
Y cuando las cumbres dora
El sol con rojo matiz,
Asomándose a las puertas
Que aurora acaba de abrir,
Encubierta la Condesa
Con un paje tras de sí,
A la ermita se dirige
Del Cristo, que veces mil,
Se dignó de un puro amor
Los juramentos oír.
Con lágrimas acompaña
Lo que al Cristo va a pedir,
Y es ¡ay! valor para ella!
Para el mancebo infeliz,
Fortuna, mucha fortuna,
Mas lejos, lejos de allí!
Cuando enjugados sus ojos
Consiguen ya distinguir,
De frescas flores el campo
Hecho con mano gentil,
Ve un ramillete harto humilde
Sobre el blanco altar lucir.
Abalánzase y le toma,
Y huye azorada y febril,
Como si el hurto que lleva,
En su frente de marfil
Fuese escrito por la mano
Del Dios que la vio salir!
De entonces día por día
Con rosas, mirto y jazmín,
Se ve ornado el santo altar
Del Cristo, que veces mil,
Quiso de Mari y Ramiro
Los juramentos oír:
Flores con que la Condesa
Quiere el hurto resarcir,
Sin comprar así la calma

De su espíritu infeliz,
Pues suelen sus camareras
En sus cuentos referir,
Que atribulada su ama
Pasa noches más de mil
Asomada a la ventana
Del severo camarín,
Dando suspiros y que el eco
Suele a veces repetir;
Mas nadie ha visto jamás
Acercarse por allí
Galán, encubierto o paje,
Que los pueda recibir.
Son suspiros que se escapan
Sin rumbo, objeto ni fin,
Hijos de memorias tristes
Que Dios sabe a do han de ir!

De entonces va unida al Cristo
De Villarejo, y yo oí,
Una piadosa leyenda
Que al corazón va a decir
Que la imagen Sacrosanta
Del Redentor que está allí,
Del amor que es tierno y puro
El lenguaje quiere oír,
Y suerte ofrece a la virgen
Que dobla ante él la cerviz
Dándole resignación
Si su amor hace morir.
Por eso acuden las niñas
De Villarejo al confín,
Y en la ermita, se prosternan
y a su frente de marfil,
Mientras que reza su labio,
El rubor suele salir.
Por eso el altar del Cristo
Ornan siempre flores mil,
Que la piedad y el amor
Colocan de intento allí,
Y al Cristo de Villarejo
Van por su amor a pedir.

Fin

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo